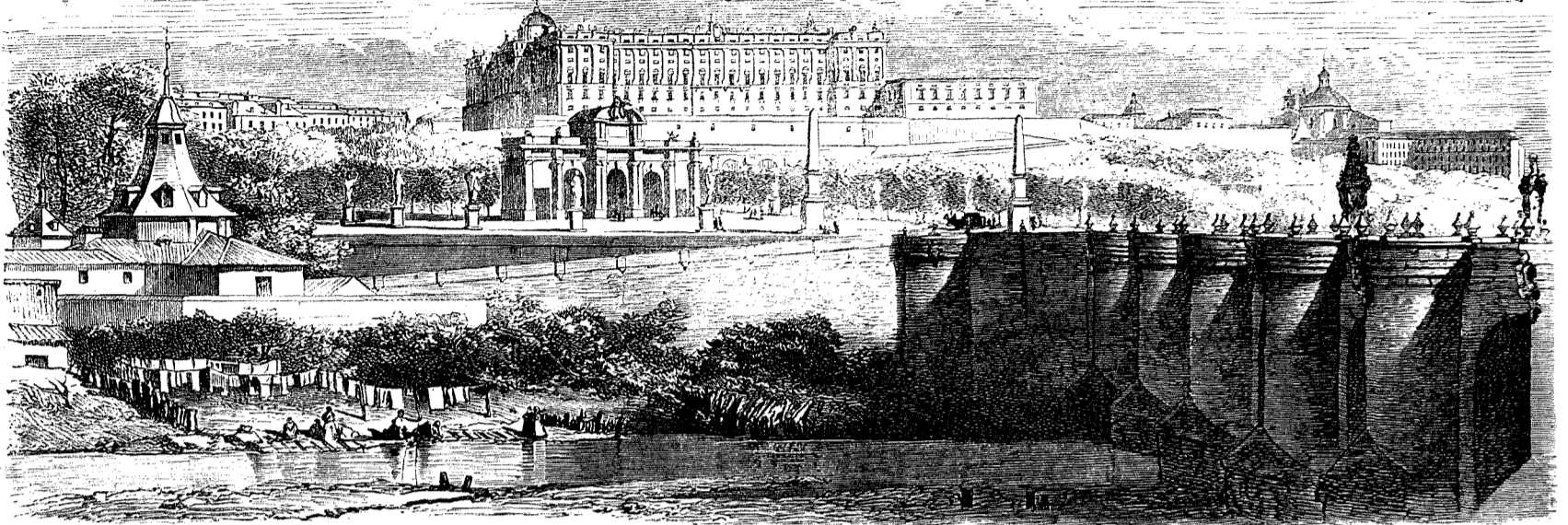


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 27 DE JULIO DE 1870.

NÚM. 14.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. J. Efebé.—El Jurado en Portugal, por D. Gonzalo Calvo Asensio.—Ejército español. Ingenieros, por D. Eduardo de Mariátegui.—Tradiciones gallegas. La compañía, por D. J. de Dios de la Rada y Delgado.—Revista de los trabajos de las Academias y Sociedades científicas, económicas y literarias, por D. Florencio Janer.—Marruecos, por D. Antonio de San Martín.—Cántiga (poesía), por D. J. Tomeo y Benedicto.—Armonías íntimas (poesía), por D. Manuel del Palacio.—En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (continuación), por D. José Fernández Bremon.—D. Segismundo Moret y Prendergast, actual ministro de Ultramar, por B.—Costumbres del siglo XVII. El corral de las comedias (continuación), por D. Julio Monreal.—Un grande hombre desconocido, por D. Salvador María Granés.—La ciudad de Gerona ofreciendo el laurel de la inmortalidad á los mártires de la independencia. Estátua del Sr. D. Juan Figueras, para el sepulcro de D. Mariano Alvarez de Castro.—Inauguración de los trabajos del canal de Cinco Villas en Aragón.—El brigadier Chinchilla.

GRABADOS.—El brigadier Chinchilla, dibujo de D. A. Perea.—Inauguración de los trabajos del canal de Cinco Villas en Aragón. Acto de colocar la primera piedra, dibujo del Sr. Pradilla.—Llegada de los invitados, dibujo del Sr. Becquer.—Don Segismundo Moret y Prendergast, actual ministro de Ultramar, de una fotografía del Sr. Laurent.—La ciudad de Gerona. Estátua del Sr. Figueras, para el sepulcro de D. Mariano Alvarez de Castro, de una fotografía del mismo.—El ejército español. Ingenieros, fotografía del mismo.—Estátua de D. José I en la Plaza del Comercio de Lisboa, de una fotografía portuguesa.—El aguador ambulante. Tipo marroquí, dibujo de D. Valeriano Becquer.—Un arrabal de la ciudad de Marruecos, dibujo del mismo.—Jeroglífico.

ECOS.

Es indispensable, sopena de no ser leído, empezar esta sección del periódico discutiendo acerca de la guerra. La curiosidad pública, desviándose de toda clase de asuntos, se ha fijado con voluptuosidad en el espectáculo heroico de dos grandes potencias que tratan de hacer de Europa un campo de batalla. No se crea que censura la lucha, ni la avidez con que todo el mundo se ocupa de sus detalles: antes bien hallo tan natural

aquello como esto; sólo á fuerza de cavilaciones comprendió el hombre que los dedos podían manejar el estilo ó la pluma para escribir las ideas; seguro estoy de que la rama del primer árbol indicó al primer hombre la conveniencia de armarse de un garrote. O lo que es lo mismo: mucho ántes de que el género humano concibiese la idea de que es un deber ilustrar á sus semejantes, el hombre se habia abandonado con frecuencia al placer de moler á palos á su prójimo. Y ántes que á los filósofos aplaudieron los pueblos á los conquistadores, lo

cual se explica considerando que el pensamiento más agudo no tiene la agudeza de una lanza.

Hechas estas reflexiones, quedan justificados la curiosidad pública y el duelo magnífico que se prepara entre el emperador Napoleon y el rey Guillermo. Toda idea civilizadora y pacífica es artificial y efecto de la educación; los instintos belicosos son naturales en el hombre. Hasta el inglés más sensato y prudente, á quien un excesivo amor á sus quijadas y una desconfianza aún mayor en sus puños le impiden dedicarse al pugilato, gasta sus chelines en ver cómo boxean dos atletas, y aplaude con entusiasmo cada golpe que hunde un pecho y cada mojicon que salta un ojo.

Dos pilluelos pelean en medio de una plaza; el impulso natural de los transeúntes es formar corro y disfrutar con alegría de aquel honesto espectáculo; si algun filántropo se interpone entre los beligerantes, seguramente gana la mala voluntad de todo el público. Pues bien: Francia y Prusia se han echado el sombrero hácia atrás y se enseñan los puños. La consecuencia es lógica. Europa ha formado corro frotándose las manos.

Bien es verdad que, aparte del deseo de contemplar la lucha por ser lucha, hay un interés científico en presenciársela. Desde el garrote rudimentario hasta la bomba asfixiante, el hombre ha perfeccionado paso á paso los útiles de guerra. A la raza de acebuche fué preciso añadirle una punta de pedernal para agujerear al enemigo, á lo cual casi se redujo la industria del hombre prehistórico: las primitivas lanzas no penetraban bien en el cuerpo humano, y hubo de sustituirse la piedra con el hierro; era irritante ver á un rival presentarse muy erguido, y se inventó la maza para aplastarle la cabeza y el hacha para derribar sus brazos; no contento el hombre aún inventó la medicina; subióse sobre los lomos del caballo para atropellar al enemigo y huir mejor en caso necesario, y pareciendo buenos todos los medios de causar daño, el guerrero hizo alianza con el elefante, convirtiéndole en máquina de guerra; la ex-



EL BRIGADIER CHINCHILLA.

perencia demostró al conquistador que se maneja mejor á un pueblo dócil que á un rebaño de elefantes: sin duda acordándose de estos animales dijo un poeta:

.....La trompa guerrera
Nos llama á la lid.....

Ello, es que sería prolijo seguir los adelantos militares poco á poco; desde las torres portátiles á las baterías rasantes; desde el hombre de armas blindado al cazador vestido á la ligera; desde el ariete á la ametralladora. Baste saber que, antiguamente, las armas del abuelo servían á sus nietos, mientras las armas de Solferino hubieran sido inútiles en Sadowa.

Hoy, al empezar la nueva guerra, todo el mundo se preocupa de las nuevas invenciones mortíferas que se dice hay preparadas.

La imaginación tiende su vuelo: unos suponen que el rey Guillermo opondrá á la caballería ligera escuadrones alados, y que el general Moltke se posesionará de las torres de Nuestra Señora de París montado en un Pegaso; otros afirman que los franceses poseen un cañon de tal oído, que escucha á muchas leguas de distancia los secretos prusianos; quién asegura que en la campaña no se ha de quemar un grano de pólvora ni un sólo fulminante, empleándose el agua del Rhin para inundar la Alemania; cuál sostiene que se hará la guerra por medio de periódicos ó enrareciendo el aire ó produciendo terremotos, y por último, hay quien cree que los alemanes tienen dispuesta una ópera de Wagner para hacer huir á los franceses.

Los moralistas están de enhorabuena y dicen á las gentes:

Tales medios de destruir inventa el hombre, que habrá de renunciar á las guerras por los resultados horribles de las máquinas que emplea.

Y yo, con el mayor respeto, digo á los moralistas:

—El hombre experimenta periódica, pero invariablemente, desde el principio del mundo, tal necesidad de habérselas con el hombre, que por satisfacer su afición, renunciará al empleo de las máquinas, adoptando el garrote primitivo.

La naturaleza, al par que sabia, es espléndida: por algo creó para cada mejilla cinco dedos, y para cada espalda muchas varas de acbuche.

Ademas, la guerra es altamente filantrópica, puesto que su fin es la paz, como dicen algunos filósofos.

Sin duda por eso, cuando el jefe de un país siente que su corazón rebosa de ternura, fabrica cañones, atesta de proyectiles todos los parques, dispone botiquines y camillas, moviliza sus tropas y penetra en un país á sangre y fuego.

Y cuando despues de la batalla ruedan por el campo brazos y cabezas, y se ostentan á la vista campiñas assoladas, edificios destruidos, médicos amputando miembros y sacerdotes absolviendo á los que espiran, dirá el vencedor en un sublime arranque de amor al prójimo.

—En este país ya no queda un hombre sano: la paz está asegurada hasta que se restablezcan los heridos.

La eleccion entre la paz y la guerra no es dudosa.

El fin de la guerra es la paz.

El fin de la paz es la guerra.

La paz es por lo tanto peligrosa y debe combatirse: es una señora que se introduce en los pueblos con mal fin.

**

Mientras se muestran tan acalorados prusianos y franceses, los vecinos de Madrid bajan al Manzanares á refrescar sus cuerpos; aunque contemplan desde lejos el espectáculo de la guerra, no puede decirse de ellos que se bañan en agua rosada. Antes bien, el Manzanares parece que está de luto.

Sólo así se explica el que sus aguas vayan negras bajo el puente de Toledo, á ménos que el río cortesano convierta sus aguas en betun para darse lustre.

Admirando el citado puente de Toledo hace pocos días, no pude ménos de dirigirle este piropo:

—¡Qué hermoso puente: tiene los ojos negros!

No comprendo cómo la corriente del Manzanares, siendo tan escasa, pueda llevar tanto lodo.

Y mucho ménos lo escibo, cuando calculo que el barro desprendido de los cuerpos que se bañan al amanecer, deben sacarlo del río los cuerpos que se bañan por la tarde.

Cuando veo á un honrado vecino conduciendo á su señora al Manzanares todas las tardes, digo con tristeza:

—Hé aquí un pobre marido obstinado en arrastrar por el fango á su señora.

Pero me consuela de este pensamiento doloroso el aspecto nacional de las casetas de baños: todos los veranos se cubren con las mismas esteras: todos los veranos ofrecen al público las mismas comodidades que en los tiempos de Quevedo.

Su carácter antiguo me enternece, me hace recordar mis antepasados, el motin de Esquilache y las pragmáticas en que se prohibía el uso del almidon y del tontillo.

Su fisonomía industrial es puramente española: tiene cierto aire de familia con los pucheros de Alcorcon, las campanillas de San Isidro, la montera del aguador, las cajas de mariposas, los puñales de Albacete y las roscas de Castilla.

Porque, eso sí, el pueblo español podrá renunciar á su carácter nacional; pero nunca abandonará ciertas prácticas sancionadas por el uso.

De modo que, sin ser profeta, puedo asegurar que serán eternos en España, el pavo de Noche Buena, las corridas de toros, la siesta, los buñuelos, los motes nuevos para damas y galanes y las esteras de los baños.

**

Cuando los chinos están fuera de su país y se aburren por no poder volver á su patria, suelen usar un recurso de los más ingeniosos: se ahorcan, en la seguridad de resucitar en China el mismo día.

A conocer Robinson este sencillo y natural procedimiento, hubiera sido ménos largo su cautiverio en la isla.

No bien el chino desterrado decide su viaje de placer á la China, se pone todas sus elásticas, se lia al cuerpo sus pañuelos de yerbas, coloca sobre la espalda todos sus efectos, y despues de dar cuerda á su reloj, se da cuerda á sí mismo.

Consignando esta práctica chinesca, los asesinatos del cónsul francés y de otras diez ó doce personas en Tientsing pierden su parte horrible.

¿Qué dirá el gobierno de Napoleon si los chinos, invocando esta creencia, aseguran haber muerto á los europeos con el filantrópico fin de que resucitasen en su patria?

Lo que procede en semejante caso es dar las gracias á los asesinos y abonarles el viático del cónsul.

**

Los habitantes del Estado de Tejas han pedido auxilio al gobierno norte-americano, porque juzgan inminente una invasion de indios comanches en su territorio.

La alarma es natural, si se considera que los indios tienen la costumbre de arrancar las cabelleras á sus enemigos.

Enmedio del terror general, es verdaderamente consoladora la tranquilidad con que los calvos esperan la acometida de los salvajes.

Si el gobierno de los Estados-Unidos no envía á Tejas partidas de tropa, está obligado por lo ménos á remitir grandes partidas de navajas para que los tejanos se afeiten la cabeza.

Y puesto que los indios hacen la guerra por adquirir el honorífico trofeo de las cabelleras, creo que los tejanos pueden aplacar la furia de los comanches presentándose sin pelo y entregando á los salvajes un tributo de pelucas.

En un país en que se calculan las hazañas de cada guerrero por el número de cabelleras que posee, puede ocurrir un caso muy verosímil.

Invadir los indios una poblacion, detenerse atemorizados ante un escapatate y huir precipitadamente.

En efecto, el escapatate pertenece á una peluquería.

El indio más bravo apenas reúne setenta cabelleras.

¿Cómo no retroceder ante una casa, de cuyas paredes cuelgan trenzas humanas y por cuyos suelos yacen mechones de cabellos?

—¿Conoce Vd. al indio Pelópides? preguntaron cierto día á un cultivador de Tejas.

—¡No le he de conocer! respondió el agricultor estremeciéndose: me ha arrancado la cabellera siete veces; apenas me crece el pelo, ya tengo á Pelópides en casa. Se ha empeñado en ahorrarme el peluquero.

J. EFEBÉ.

EL JURADO EN PORTUGAL.

Sin el jurado no hay verdadera garantía de justicia, ni de moralidad en la administracion de ella. El juez de derecho, conociendo del hecho, siendo nombrado por el ministro, y obedeciendo á las inspiraciones de la política, no puede ser independiente, á no ser un milagro de abnegacion y virtud. Y no puede serlo, porque su existencia oficial está pendiente de la del ministro nominador, porque la inamovilidad es una bella mentira en todo linaje de Constituciones consignada y por ningún gobierno cumplida, porque el juez llega á ser un empleado político, ligado con toda clase de compromisos á la situacion á que sirve, y con tales condiciones, ni es posible la inflexibilidad en el juicio, ni la inquebrantable impasibilidad que la idea de la justicia impone á sus sacerdotes. Por eso el jurado es su más segura garantía; y lo es porque el poder en él no influye, porque las relaciones sociales nada con él tampoco pueden, por no ser de antemano conocidos los que le componen, porque no afecta los perjuicios ni las preocupaciones rutinarias de las clases profesionales, porque al formular el juicio puede, libre y desapasionadamente, entregarse á sus propias inspiraciones, sin tener para nada en cuenta agravios de abajo, ni presiones más ó ménos formidables é irresistibles de arriba; y como que para el juicio, para la apreciacion del hecho, no es necesario más que el criterio y la sana razon que á el hombre caracterizan, y como todo el que lo es, piensa, conoce y compara, y estos son los elementos indispensables para formarle; de aquí que, con tales condiciones, la eleccion no sea dudosa, toda vez que, ademas de estas ventajas, satisface la gran necesidad de la publicidad, que es su seguro, y con cuya satisfaccion llénase cumplidamente uno de los más altos fundamentos de la libertad de un pueblo. Para que la justicia sea una verdad, es preciso que en su aplicacion la mayor publicidad la abra ancho horizonte para mostrarse en toda su esplendorosa hermosura; para que la libertad sea un hecho en todas las esferas y encuentre su gran auxiliar en la justicia, es de todo punto indispensable el establecimiento del jurado.

Así lo comprendió Portugal, y al asistir yo á una visita del jurado en el tribunal de la *Boa-Hora*, cuántas tristes reflexiones vinieron á mi mente!

Acordábame de España y no podía ménos de decirme á mí propio: Portugal, sin Constitucion democrática, sin un título consagrado á los derechos individuales, sin libertad de cultos, sin gobierno revolucionario, ántes bien con una Carta doctrinaria, tiene jurado, es decir, tiene una buena administracion de justicia, que gobierna y rige en sus determinaciones el criterio seguro de la pública opinion, mejor de la razon universal, infalible, y España, con derechos naturales, con sufragio universal y en plena revolucion política, aún no lo tiene, es decir, que está entregada aún la justicia á la arbitrariedad del poder, que todo puede invadirlo y romperlo, y por tanto, la más alta representacion de la sociedad y su más preciada salvaguardia está subordinada á la veleid y caprichosos giros de la política, que es como supeditar la honra, y la vida, y la hacienda de los ciudadanos á sus continuas é incesantes oscilaciones. La ley, para ser aplicada, no necesita del amparo inmediato del ministro por medio de un funcionario de nombramiento suyo, sino del que le prestan la voluntad sana. la limpia conciencia y el recto criterio de los ciudadanos.

Así lo ha comprendido Portugal; por eso el ciudadano puede tener plena confianza en la justicia, porque la aplica el jurado.

Tienen capacidad jurídica para ser jurados todos los que presenten un título literario. Si los anotados para formar los jurados no llegaren á 120, entrarán, á más de ellos, para completar el número, todos los que tengan de renta líquida por lo ménos 100.000 reis; y si ni aún así no se llenara el número, los que posean una renta inmediatamente inferior.

En las comarcas de Lisboa, Oporto y Coimbra, sesenta jurados por lo ménos pertenecerán á los habilitados con título literario, dispensados por ese hecho de censo.

En cada comarca hay solamente un círculo de jurados, y la pauta constará de treinta y seis. En 1.º de junio de cada año se forma por la comision instalada para ese objeto la lista de jurados; en 25 se publica. En los ocho días siguientes pueden los jurados presentar sus excusas ante la comision, y apelar de su decision en el término de veinte, y aún de la sentencia en primera instancia en el plazo de cinco días. Son excusas admisibles: no saber leer ó escribir, ser diputado, ministro, alto empleado administrativo ó judicial, militar, ecle-

siástico, profesor de instruccion primaria, tener más de sesenta y cinco años, ó impedimento físico ó moral, que imposibilite el ejercicio de sus respectivas funciones, etc., etc.

El jurado en materia civil es de libre eleccion de las partes, que es, en mi sentir, el único temperamento racional que la ley por la que se establezca en España, si esto sucede alguna vez; debe adoptar.

Donde el jurado es esencialmente indispensable, y más que en otro país en España, por su vicioso procedimiento expuesto á todo linaje de errores, y muy apto para que fácilmente sea falseada la verdad de los hechos, es en materias criminales, acerca de las que no reconozco criterio más seguro y ménos dado á preocupaciones y rutinas que el puramente racional, por más que esto no quiera decir que, en caso alguno, le tenga en ménos ó le supedita al legal que de él parte, en él se origina, y sólo puede ser considerado y atendido cuando con él conforma.

El tribunal se compone de nueve jurados y un sustituto; pueden sin causa justificada ser recusados tres jurados por la acusacion y tres por la defensa. El presidente del jurado es el primer nombrado, mas puede ser elegido otro por mayoría de votos; por mayoría absoluta tambien se pronuncia el fallo. Los jurados son tambien competentes para decidir sobre daños y perjuicios. Durante las deliberaciones los jurados están incomunicados; mas como haya necesidad de suspender la sesion para otro dia, no se sigue la práctica que los cánones prescriben para el *cónclave* durante la eleccion de pontífice, atacando por hambre y sed á los cardenales, medida muy de tomar con todo rigor tratándose de sotas cortas y largas, como diria cierto célebre y bravo orador, por ser la única que en ellas ejerce indisentible influjo, sino que se les deja en libertad, para que á la sesion siguiente continúen sus trabajos. Las fórmulas que emplean en los asuntos criminales, segun está ó no probado el hecho, son: "por mayoría ó unanimidad el crimen de que el reo... es acusado, no está probado"; ó "por mayoría ó unanimidad el crimen de que el reo... es acusado, está probado con todas, con alguna, ó sin ninguna de las circunstancias agravantes"; y lo mismo respecto á las atenuantes. En las acusaciones sobre tentativa la fórmula es: "la tentativa del crimen... está probada, porque probado está que hubo tal principio de ejecucion, suspendida por circunstancias (las que sean) independientes de la voluntad del reo".

Los jurados tienen deber ineludible de asistir á la vista, y sólo por enfermedad ó graves asuntos comprobados pueden excusar legalmente la falta de su presencia, siempre que aleguen el impedimento tres dias ántes, ó si es repentino, despues de celebrada. Si las excusas alegadas son falsas, se condena á el jurado con multa de 10 á 50.000 reis, y si no las presenta y no comparece á llenar sus deberes, sufre la pena de prision por un mes; si se le prueba haber sido corrompido al dar su fallo ó absolutorio ó condenatorio, la pena es de cadena de tres á quince años.

Prescindamos de los jurados, misto, compuesto de nacionales y extranjeros, de imprenta, incomprensible de todo punto, y comercial, inútil por todo extremo, por cuanto no comprendemos la razon de legislaciones, procedimientos y tribunales ocasionados por los asuntos que dirimen, y fijándonos sólo en el acto de la vista en el tribunal de la *Boa-Flora*, robusteceremos más y más el convencimiento de la necesidad del establecimiento de tan importante institucion.

En un salón grande, espacioso, capaz para contener numeroso público, á diferencia de las salas mezquinas, estrechas, sin lugar para la gente lega de las audiencias y juzgados de España, sin ostentacion, ni doseles, ni coronas, ni cortinajes á manera de templo, ni plataformas para el tribunal dispuestas á guisa de altar, con unas modestas sillas separadas de el sitio destinado á el pueblo por una baranda para los jurados, un sillón poco más elevado y una mesa para el juez de derecho, y dos tribunas, una para la acusacion y otra para la defensa, celebranse pública y solemnemente esos juicios importantísimos, donde se debaten las más trascendentales cuestiones ante el recto criterio de la razon desapasionada y la sana conciencia. Allí no hay nada que retraiga ó imponga; todo allí representa la imparcialidad de la justicia, no la severidad preconcebida de las venganzas jurídicas, ó las simulaciones de la contemplacion al poder. El reo oye á los testigos de cargo y descargo, contesta él mismo á la demanda de los jurados, puede defenderse y atacar, no se le reduce á la condicion de víctima sometida á la fuerza del verdugo, sino de acusado á quien la ley ampara, para más tarde, ó absolverle, ó hacerle purgar su delito. Y cuando despues de las declaraciones testificales y periciales, si son menester, el

público ha formado su opinion, y el jurado ha ido apreciando en todo lo que valen los accidentes del negocio, la acusacion y la defensa terminan el acto, dejando á los jueces, *no sabidores del derecho*, pero llenos en su conciencia de la santa idea de la justicia, entregados á su razon y á su criterio, bajo el fallo que el pueblo ha dejado mostrar bien á las claras, que no es nunca ni iniquo, ni absurdo, ni criminalmente monstruoso.

Dadas todas estas circunstancias, con todas estas diferentes condiciones, que como que estrechan en el círculo del deber á los jurados, haciendo imposible toda preparacion que no sea herida por la luz y esparcida á los cuatro vientos por la publicidad, ¿hay razon para dudar de la eficacia de una institucion que no nace y se desarrolla sino en los periodos de libertad, y que no obedece á otros móviles que no sean la rectitud de la conciencia y el cumplimiento estricto del deber de la conciencia?

Sin el jurado, ya lo hemos dicho, no hay verdadera garantía para los ciudadanos; él asegura su honra, defiende su vida y hacienda; sin él el poder es invencible; con él nada vale si no le ampara la justicia, y ¿cómo no, si es una institucion que no cabe, ni vive, ni desarrollarse y prosperar puede, si la libertad no la vivifica? ¿Y cómo no, si ella cumple en la esfera de los hechos la máxima de la igualdad ante la ley, viniendo á ser un verdadero seguro de la igualdad ante la rectitud y la honradez?

Por eso su establecimiento en España es necesario, lo mismo para satisfacer una necesidad de la libertad, como para salir de una vez para siempre de la tutoria nada desinteresada de la curia, y de ese absurdo y laberíntico procedimiento de dilaciones, fórmulas ridículas é inexactitudes dañosas, con el que jamás se llega á la verdad, ni se reconoce el delito, para obtener el triunfo señaladísimo y no perdurable del juicio oral, sin el que las declaraciones son una mentira, y los hechos se desfiguran, abultándolos en contra ó en pró, segun á determinados intereses conviene, no muy bien avenidos en general con la justicia.

G. CALVO ASENSIO.

EJÉRCITO ESPAÑOL.

INGENIEROS.

La idea de rodear las ciudades con un obstáculo cualquiera que dificultara su acceso á los enemigos vecinos, es tan antigua como las primeras ciudades que fundaron los pueblos agricultores; estos primitivos y rudos medios de defensa llegaron en la Edad Media á convertirse en verdaderas obras del arte arquitectónico, y desde los últimos años del siglo xv dieron origen á una ciencia de las más importantes del arte de la guerra, y á la consiguiente necesidad en los ejércitos de hombres especiales versados en ella para construir las modernas fortificaciones. Las ordenanzas municipales de nuestras ciudades, hasta muy entrado el siglo xvi, mencionan aún entre las obligaciones de los alarifes la muy principal de conservar y entretener los muros en perfecto estado de defensa, y numerosos documentos de los archivos de Castilla y Aragon nos enseñan los fondos que se arbitrabán para construir ó reparar las fortificaciones y los nombres de los maestros que dirigian las obras militares y que se designaban con las denominaciones de maestros mayores de fortificacion, arquitectos militares, y capitanes á cercos, de trincheras ó de azadoneros.

Generalizado el uso de la pólvora, el ataque adquirió en el siglo xv una superioridad notable sobre la defensa, cuyos débiles muros ni podian resistir á los nuevos proyectiles ni presentaban emplazamiento cómodo y capaz para la artillería; esta superioridad duró poco: los muros se reforzaron, aumentando el diámetro de las torres y disminuyendo la elevacion de las defensas; por fin en 1527 publicó Alberto Durero su obra de fortificacion, y desde entónces empezó ésta á separarse á grandes pasos de la arquitectura, formando una rama especial de los conocimientos humanos.

Durante el siglo xvi aparecieron nuevos elementos defensivos, efectuándose por completo la separacion de artilleros é ingenieros, quedando reservado á los primeros la construccion y manejo de los nuevos y poderosos medios de ataque y á los segundos la construccion y expugnacion de las fortalezas. Estos, que no siempre tenían carácter militar, se reclutaban en España é Italia, y los nombres de Pedro Navarro, Benedicto de Rábena (que fué el primero que usó en España el título de ingeniero), Luis Pizano, Calvi, los Antonellis, el Fratin, Cristóbal de Rojas, Leonardo Turriano, Juan Cedillo y

tantos otros célebres, demuestran la merecida fama que alcanzaron en Europa los ingenieros españoles del siglo xvi, tanto en la construccion y reforma de las numerosas fortificaciones que existian en nuestros dilatados dominios, como en los frecuentes sitios á que daban lugar nuestras guerras en Italia, Flandes y Africa, sin descuidar alguno de ellos la publicacion de obras didácticas sobre la materia.

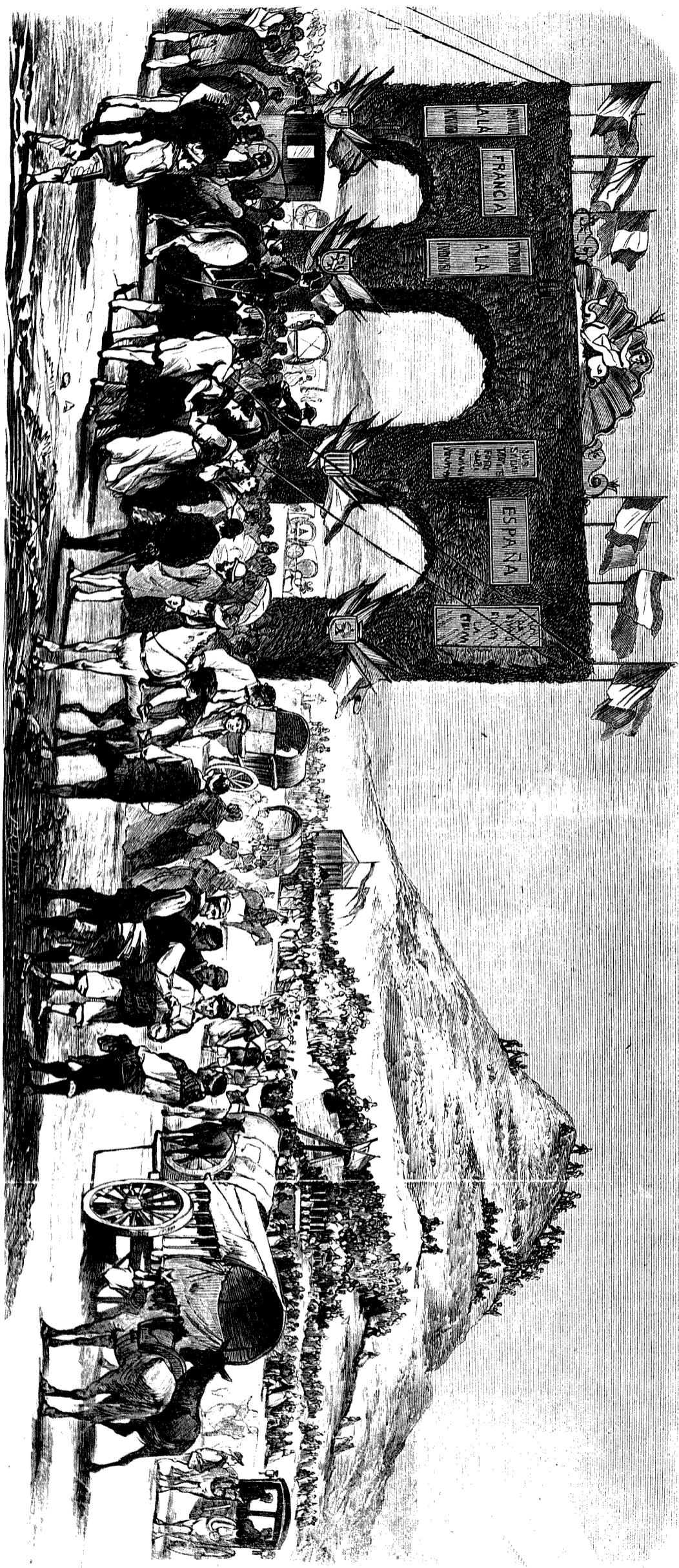
El sitio de Ostende (1604) y las defensas de Fuenterrabía (1638) y de Gerona (1684) bastarian por sí solos, si no abundasen los datos históricos, para demostrar el alto punto á que habian llegado entre nosotros los conocimientos de la ciencia de fortificar y defender las plazas en el siglo xvii, y de que dieron los ingenieros españoles buena prueba en los numerosos sitios que en Flandes, Italia, y especialmente en España, ocurrieron durante la guerra de Sucesion.

Ni los salarios, sueldos ó pensiones de los ingenieros, ni su entrada en el servicio, estuvieron sujetos á un sistema fijo, hasta que por real decreto expedido en Zaragoza á 17 de abril de 1711 se organizó el cuerpo de ingenieros, siendo su primer ingeniero general el marqués de Verboon, militar francés al servicio de España desde 1692, y uno de los ingenieros más insignes de su época. Esta primera organizacion, que estableció las diferentes clases de ingenieros en jefe ó de provincia, ingenieros en segundo, en tercero y designadores, sufrió varias modificaciones, y en 1774 se subdividió el cuerpo en cuatro secciones tituladas de obras militares, en plazas y campaña y de geografía; de edificios civiles y caminos; de hidráulica y de maestros de academias; organizacion que desapareció en 1797, y finalmente en 11 de julio de 1803 se publicó la ordenanza de ingenieros hoy vigente con algunas modificaciones, y en la cual se ponian exclusivamente á cargo del cuerpo las obras de fortificacion, ataque y defensa, y las de los edificios militares, cualquiera que fuese la procedencia de los fondos que en ellos se invirtieran; se creaba una escuela especial en Alcalá de Henares y un regimiento de tropas del arma.

Durante el siglo xviii los nuevos oficiales del recién creado cuerpo de ingenieros siguieron con gloria las tradiciones de sus antecesores en los siglos xvi y xvii, prodigando su sangre hasta el punto de que sólo en el sitio de la ciudadela de Mesina (1718) hubo diez y nueve oficiales de ingenieros muertos ó heridos. En este mismo siglo dirigieron los ingenieros militares casi la totalidad de las obras públicas emprendidas en la Península y Ultramar, y publicaron varios de ellos libros didácticos muy notables sobre diferentes puntos de la profesion. La guerra de la Independencia, la de los Siete años y la de Africa han servido en nuestro siglo para crear entre los individuos del cuerpo un espíritu de compañerismo y una noble emulacion, á los que debe el cuerpo de ingenieros español el justo y merecido renombre que goza en nuestra patria y en el extranjero.

TROPAS DEL ARMA. Para la ejecucion de los trabajos encomendados en campaña al cuerpo de ingenieros solian crearse en los siglos xv y xvi cuerpos de azadoneros ó gastadores, que se disolvian pasada la ocasion: unidos éstos á los que suministraba la artillería, y más cerca de nosotros á las escuadras de gastadores sacadas de los regimientos de infantería y á las compañías de minadores con que contaba el de artillería, formaban una masa de trabajadores numerosa sí, pero sin organizacion, y lo que era peor, sin la suficiente instruccion para campaña. Por real decreto de 5 de setiembre de 1802 se creó el regimiento real de zapadores-minadores mandado por jefes y oficiales del cuerpo y compuesto de dos batallones de á cinco compañías con la fuerza de 1.275 plazas. Organizado con esmero, llamó desde su origen la atencion de todos los militares por su brillantez, instruccion y excelente espíritu. No llevaba aún seis años de vida, cuando en la noche del 23 de mayo de 1808, apesar de encontrarse á cinco leguas del grueso del ejército francés la fuerza de el regimiento que estaba en Alcalá de Henares, se declaró abiertamente contra los franceses, siendo la primera fuerza del ejército que en cuerpo organizado y unánime lanzó al aire el grito de guerra. Se componia dicha fuerza de dos compañías del primer batallon y cuatrocientos reclutas ya instruidos y era su comandante el sargento mayor de ingenieros D. José Veguer, á cuyas órdenes salieron de Alcalá en la citada noche, llevándose consigo todo el armamento, vestuario y municiones que tenía el regimiento, y más de 75.000 duros que existian en caja, despues de haber entregado en mano á los individuos todas sus masitas. Dirigieron su marcha á la Serranía de Cuenca, y pasando por Almonacid, Valdecolmenas y Villora, llegaron á Valencia, en cuya ciudad entraron triunfalmente el 7 de junio: la junta de Valencia les dió al dia siguiente las gracias por

INAGURACION DE LOS TRABAJOS DEL CANAL DE CINCO VILLAS EN ARAGON.—ACTO DE COLOCAR LA PRIMERA PIEDRA.



su patriotismo, instituyendo un escudo de distincion para todos ellos, condecoracion que despues se confundió con la creada en 16 de mayo de 1816 y que se designó con el nombre de *cruz de la fuga de los zapadores*. Con esta fuerza creó la junta valenciana un batallon de zapadores-minadores de cuatro compañías, que pronto se cubrió de gloria en las defensas de Zaragoza.

Durante la guerra de la Independencia fué preciso aumentar las tropas del arma, constando al acabar aquella de seis batallones, cuyos oficiales pertenecian al arma de infanteria, excepto un ayudante por batallon, el comandante y el coronel, que eran oficiales del cuerpo. En 1814 se reorganizó el regimiento bajo el pié establecido por la ordenanza de 1803 y al año siguiente recibió nueva forma bajo la denominacion de *Regimiento real de zapadores, minadores, pontoneros*, componiéndose de tres batallones de á ocho compañías, una de ellas de pontoneros, otra de minadores y las seis restantes de zapadores; creóse ademas una compañía de tren afecta á cada batallon y mandadas todas por jefes de ingenieros y oficiales de infanteria. Una compañía de cadetes admirablemente constituida formaba parte del regimiento disuelto en 1823, con tanta mayor violencia, cuanto más notoria habia sido su adhesion al sistema constitucional. Al año siguiente se reorganizó bajo el pié de los de artilleria y con jefes y oficiales todos de ingenieros, debiendo constar de dos batallones, aunque por el pronto no se formó más que el primero.

Al estallar la guerra civil marcharon las compañías á campaña y en ella prestaron notables servicios, distinguiéndose lo mismo en el Norte que en el Centro, ya restableciendo puentes á viva fuerza como el de Luchana, cuya cortadura tenia 45 piés de largo, ya aplicando el minador á la escarpa enmedio del dia y á pecho descubierto como en Aliaga, ya recomponiendo baterias bajo el fuego enemigo y á dia claro como en Morella, ya en defensas como las de Bilbao y Maestú, ya en fin, formando la cabeza de las columnas de ataque, como en Solsona, Chiva y Mendigorria, demostrando una vez más la doble utilidad de estas tropas como obreros y como soldados de infanteria. *Modelo de bravura* llamó el general Ayerve en el parte de la accion de Montalvan á la tercera compañía del primer batallon, y *mano de bronce* apellidó el general Oráa á la cuarta del mismo en la batalla de Chiva. Tantos y tales servicios prestaron las compañías de ingenieros en la guerra civil, que por real órden de 21 de Setiembre de 1847 se concedió á los batallones del regimiento para sus gloriosas banderas la corbata de la real y militar órden de San Fernando, no sin haberse previamente demostrado en juicio contradictorio todos los méritos contraídos individualmente por las compañías, y de los que son débil muestra los ántes citados.

El año 1842 se formó su tercer batallon con las quintas y sextas compañías de los que existian, y dos de nueva creacion, componiéndose el regimiento de tres batallones de seis compañías, cuya organizacion tenia aún en 1859 al emprender España la guerra de Africa. Catorce de las diez y ocho compañías pasaron el Estrecho, y asombra ver el número de metros cúbicos de tierra que removieron, abriendo caminos y fortificando puestos, sin dejar por eso de tomar el suyo en el combate cuando la necesidad lo reclamaba. Frescos están en todos los españoles los recuerdos de aquella campaña, en que si nuestro ejército se cubrió de gloria en Anghera, Castillejo, Tetuan y Wad-ras, el pueblo demostró con su entusiasmo y desprendimiento de lo que seria capaz en el caso, tal vez no remoto, de que nuestra integridad fuese amenazada.

La escasez de tropas de ingenieros que se habia hecho notar en las guerras de la Independencia y civil, volvió á conocerse en la de Africa, á cuya terminacion se formó el segundo regimiento con el antiguo tercer batallon y otro que se creó al efecto; con ligeras alteraciones, más bien administrativas que militares, ésta es hoy la organizacion de las tropas de ingenieros del ejército de la Peninsula.

Un batallon de ocho compañías en Cuba, dos compañías de obreros en Filipinas y una en Puerto-Rico forman, con los dos regimientos antedichos, las treinta y cinco compañías de tropas del arma del ejército español, que las reconoce como modelo de valor y sobre todo de subordinacion y disciplina.

ACADEMIA ESPECIAL. En el mes de octubre de 1584 á instancia y suplicacion de Juan de Herrera se instituyó en Madrid una cátedra de matemáticas, con tan buena suerte, que á los pocos años trasformada ya en Academia real estableció varias cátedras públicas servidas por don Ginés de Rocamora, el Dr. Julian Firrufino, el licenciado Juan Cedillo y otros no ménos notables profesores, y en la cual el alférez Pedro Rodriguez Muñoz leia la



INAUGURACION DE LOS TRABAJOS DEL CANAL DE CINCO VILLAS EN ARAGON.—LLEGADA DE LOS INVITADOS.

materia de escuadrones y forma de ordenarlos, y el capitán Cristóbal de Rojas *la de Fortificación*, cuyas lecciones imprimió en 1598 Luis Sanchez, siendo éste el primer libro de fortificación que ha visto la luz pública en España, así como la citada Academia puede mirarse como el origen común de los colegios y escuelas militares españolas. Siguiéron a ésta las de Bruselas (1675), Barcelona (1699) y otras varias que se refundieron en 1790 en dos, una en Cádiz y otra en Zamora, siendo esta última la única que existía al estallar la guerra de la Independencia. En estos centros de instrucción la adquirían los oficiales de todas armas, y constantemente estuvieron á cargo de jefes y oficiales de ingenieros, hasta que en 1.º de setiembre de 1803 se inauguró en Alcalá de Henares la Academia especial del cuerpo, cuyos profesores y alumnos en mayo de 1808, declarándose en abierta rebelión contra los franceses, corrieron á Zaragoza guiados por el inmortal Sanguis, cuya vida terminó gloriosamente en aquella heroica defensa. Disuelta de esta suerte la Academia, dispuso el Gobierno nacional establecerla en Granada, lo que no pudo efectuarse por el pronto, y sólo después de vencer grandes obstáculos se consiguió en 1810 crear en Cádiz una Academia provisional de ingenieros, cuyos alumnos se reclutaron en su mayor parte en el colegio militar de la isla de León. En esta Academia ascendió, previo exámen, á subteniente de ingenieros en 1.º de enero de 1812 el hoy capitán general y duque de la Victoria D. Baldomero Espartero. Concluida la guerra de la Independencia volvió la Academia á Alcalá de Henares, hasta que en 27 de setiembre de 1823 fué extinguida, sin más razón ni otro motivo que las ideas políticas algo avanzadas que habían manifestado constantemente sus profesores y alumnos, así como la generalidad de los oficiales del cuerpo de ingenieros, cuya abolición completa se discutió seriamente en las altas esferas de aquel Gobierno; pero como la necesidad es siempre más poderosa que la voluntad de los hombres, en 1823 se estableció en Madrid una Academia especial del cuerpo, cuyo reglamento se publicó en 1828. Escusado es decir que este establecimiento arrastró una vida lánguida y precaria hasta 1833, en que se trasladó á Guadalupe, donde recibió grande impulso del Gobierno constitucional, y donde continúa difundiendo la instrucción científica y militar entre los jóvenes que aspiran á in-

gresar en el cuerpo de ingenieros. A la hora en que escribimos estas líneas se habrá aprobado por la superioridad el nuevo plan de estudios, por el cual se devuelven á la enseñanza particular gran número de materias de las que forman la profesión del ingeniero.

El Museo de ingenieros establecido hoy en el palacio de San Juan, tan poco conocido de propios como con justicia alabado por los extranjeros; los talleres ó maestranza de Guadalupe, los parques de plaza y campaña, los trenes de puentes, la brigada topográfica, las construcciones civiles y militares dirigidas por oficiales del cuerpo en estos últimos años y el largo catálogo de obras y Memorias publicadas unas, inéditas las más, con que han enriquecido los ingenieros la bibliografía militar española, son otras tantas pruebas de que el cuerpo procura no rezagarse en el conocimiento y aplicaciones de los modernos adelantos que han conseguido las ciencias y las artes. Sensible es sólo que por efecto de las circunstancias que hace tiempo afligen á nuestra patria, se hayan distraído de su especial servicio los regimientos del arma, de cuyos tipos y uniforme es buena muestra el grabado que acompaña á este desaliñado artículo.

E. DE MARIÁTEGUI.

TRADICIONES GALLEGAS.

LA COMPAÑA.

Al recorrer los pintorescos valles del antiguo reino de Galicia, que cual soberbio coloso separa por el Este con uno de sus brazos á Leon y Asturias, con el otro al Sur el reino de Portugal, y no contento hunde hacia el Norte uno de sus pies en el impetuoso mar cantábrico, y profundiza el otro en las cristalinas olas del atlántico, reposa el espíritu, fatigado con la incesante actividad intelectual de las grandes capitales, en la sociedad patriarcal de aquellas apartadas aldeas, donde se comprende toda la verdad de los versos de Tirso de Molina:

.....Esta es Galicia;
No vive en estas tierras la malicia
De envidias y traiciones,
De lisonjas, engaños y ambiciones.

Verdad es que, sostenidas por la ignorancia, consérvanse entre aquellos sencillos labriegos, ó montañeses, creencias y tradiciones, que no resisten al más ligero soplo de la crítica; pero también es cierto que el día en que arranque la ciencia por completo esas creencias, esas leyendas, esas tradiciones, desaparecerá el encanto peculiar de los antiguos pueblos, quitando al animado cuadro de lo pasado la poética veladura del recuerdo.

Afortunadamente en los apartados valles de Galicia guárdanse todavía muchas de esas misteriosas narraciones, que rara vez dejan de encerrar un gran fin moral, y que arrojadas de más elevadas esferas, se han refugiado en la soñadora imaginación de los sencillos habitantes de la aldea, adonde acude á buscarlas el hombre de las ciudades como tranquilo solaz para su fatigado espíritu; que esas tradiciones y esas creencias son el perfume de otra vida más pura y más feliz que aspiramos, confundido con el vivificador ambiente de los valles y de las montañas.

Allí donde los zarzales y espinos sirven de oscura alfombra á las venerables ruinas de un castillo; allí donde para el viajero no hay más que desolación y muerte, para el pueblo hay una sombría historia de amores. La tímida pastora jamás verá aquellos torreones sin persignarse estremecida, porque en cada piedra lee una página del triste romance que mil veces ha oído contar al amor de la lumbre, cuando el viento silba desencadenado y la leña chisporrotea de un modo fatídico.—El laborioso jornalero, cuando dado el toque de ánimas se retira lentamente á su casa, si llega á pasar por cerca de un solitario monasterio, evocará el recuerdo de aquellos cenobitas, que pasaban los años sumidos en celestial éxtasis, y alucinado por el sitio, por la hora, por el viento que se desliza entre los claustros, entrará en su casa repitiendo y jurando que ha oído las armonías del órgano y el coro de la comunidad cantando *Visperas*.

Y si la noche le sorprende en lo alto de una montaña, y allá en la hondonada hay materias en descomposición que producen exhalaciones fosfóricas, el buen campesino tiembla y se desconcierta, llega asustado á su choza y cuenta tartamudeando que ha visto la COMPAÑA, que le ha salido al encuentro la hueste de espíritus malignos, y presagia que en la aldea debe dejarse sentir pronto la Justicia divina, porque la *hostadea*, *hostadeña*

(*hostis Dei, hostis divini*), no hay que dudarlo, viene en busca de un muerto.

¿Quereis oír relatar una de esas nocturnas apariciones que cuentan los crédulos aldeanos? Pues prestad atención por un instante.

I.

Pronto será media noche.

La trémula luz de la luna esperece por intervalos su tibia claridad, iluminando con un tinte sombrío el fondo del valle.

Una casa rodeada de cipreses se destaca lúgubrememente sobre la parda vegetación del terreno, cual los horrendos fantasmas de las leyendas, que vagan en torno de los ruinosos escombros de un castillo.

La deforme silueta de aquella pobre mansión y de los funerarios arbustos, ora se encoje, ora se prolonga, ora desaparece del todo, según el caprichoso giro de las sombrías nubes que la atmósfera cruzan.

Nada hay que embellezca la lobreguez del cielo ó el aterrador silencio del paisaje.

La naturaleza adormecida sólo parece despertar, no para herir el oído con la música armoniosa del torrente, sino con el sordo murmullo del agua al deslizarse de peña en peña; no con el regalado canto del ruiseñor, sino con el estridente aleteo de la cigarra; con ese sonido desapacible, que tantas veces recordamos al oír rechinar la leña verde en el fuego.

Lanzan los perros tristes y prolongados ahullidos; y si el viento agita las flores, es para producir silbidos más imponentes que los de los monstruosos reptiles de América.

¿Qué génio maléfico reposa en una morada de tan sombríos alrededores?

II.

Entrad en la vivienda de los Cipreses.

¿Qué os asusta?

¡Ah! Es el pobre Alí; el fiel mastín que se empeña en ladrar obstinadamente.

No temáis; abrid la puerta, y os colmará de caricias.

Dadle un pedazo de pan. ¡Hace tanto tiempo que no ha comido!

Pero ¿qué os detiene? Subid sin demora. ¿No sentís sollozar?

Esos gemidos son de mujer; no hagáis ruido; escuchadla.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! No le lleveis aún. ¡No es tiempo todavía!—exclama una anciana arrodillada á los pies de un mezquino lecho, apretando con violencia contra su corazón un toscó Crucifijo de madera.

—¡Aparta! ¡Aparta!—responde el enfermo, sacudiendo convulsivamente con un pié el hombro de la llorosa vija.

—¡Acuérdate de Dios! ¡Nicolás, acuérdate del mal que has hecho en este mundo!—insiste lanzando desgarradores gemidos.

—¡Déjame! No me muero, no... Quiero ver á mi hijo, á mi Manuel... para darle la llave.

Al decir esto Nicolás, pugnando por incorporarse en el lecho, mostraba con inmóvil y repugnante sonrisa una llave que sus dedos descarnados apretaban con violencia.

—No has pensado más que en el oro durante tu vida: olvidaste tus obligaciones, la educación de tu hijo, el socorro de los desvalidos y la observancia de los deberes religiosos. Ahora se acercan los postreros instantes de tu existencia; y sordo á la voz de tu alma, sólo en mal adquiridos caudales tienes puesta la mira.

—¿Quiéres matarme?—interrogó el enfermo con voz ronca y sófocada, extendiendo los puños con un gesto de cólera.

La pobre esposa dejó deslizar sus lágrimas silenciosamente, y besó con fervor la imagen del Crucificado.

Nicolás tendría como unos 60 años: sobre su cráneo pelado y desigual flotaban apenas crespas y mugrientas guedejas blancas; los ojos, hundidos y brillantes, estaban rodeados de una curva morada, y sus pómulos salientes y huesosos se destacaban al lado de una nariz delgada y aguilona, cuya punta avanzaba sobre labios tumbones é incoloros. Surcaban su cara hondas arrugas, y sus cejas arqueadas, y unidas por las contiguas extremidades, daban á aquella frente comprimida y echada hácia atrás, á aquella fisonomía amarillenta, el tinte sombrío de la más sórdida avaricia. La cama en que yacía eran tres tablas, sostenidas por dos malos caballetes, y sobre ellas un mezquino jergón cubierto con dos sucias sábanas y una manta, que la aguja se había empeñado en hacer triunfarse de las injurias del tiempo.

Cerca de la cabecera del enfermo había una alhacena abierta y clavada en la pared.

Frente al lecho, una puerta comunicaba con otras habitaciones de la casa.

III.

Detrás de ella había un gabinete con una ventana.

En esta ventana, sólo un cristal establecía relación entre lo exterior y lo interior.

Inmóvil, y con los labios tocando casi al helado vidrio, estaba un jóven, que á lo más contaría diez y siete primaveras.

Si, aprovechando el fugaz rayo de la luna que á veces iluminaba su semblante, quisiéramos examinarlo, nada llamaría la atención en aquella cara gorda, redonda y morena, á no ser el blanco esmalte de los dientes, que parecían de bruñido marfil.

Este muchacho era hijo del avariento Nicolás: era el Manuel que tanto anhelaba ver su padre, que desde su escondido mirador parecía preocupado con lo que descubría, y hablaba alto, abría los ojos, temblaba á veces, revelando siempre agitación y sorpresa.

—Ya se acercan, decía, ya llegan á nuestro corral; una, dos, tres... son siete. ¡Virgen María, protégeme!

Y el atemorizado jóven, siguiendo tal monólogo, empuñaba con su entrecortada respiración la pálida superficie del cristal.

Mas en vano era que su aliento humedeciese el trasparente vidrio, porque su presurosa mano le limpiaba con el pañuelo; y el campesino, estático, suspenso, encadenado en su paesto, seguía con azorados ojos satisfaciendo la anhelante curiosidad que le devoraba.

Hé aquí lo que creía ver y oír:

El viento rugía impetuoso, trayendo de espacio en espacio las agudas vibraciones de una campana doblando á muerto.

Una nube de pájaros negros y enormes se agitaba con terrorífico vuelo en torno de los cipreses del patio, lanzando á veces dolientes y agudos graznidos, que resonaban en los oídos de Manuel con la mística entonación de un *De profundis*.

En el corral acababan de entrar siete fantasmas de ropajes flotantes y blancos como el ampo de la nieve, llevando en la mano rutilantes cirios que una pálida llama consumía.

Manuel temblaba como un azogado: la tétrica danza que ante sus espantados ojos comenzaron los aparecidos le llenó de estupor, embotó las facultades de su alma, y concentró la sávia toda de su vida en la vista y el oído.

No cabía duda: ante sus ojos se presentaba la *compañía*, esa sociedad de duendes nocturnos, que casi todos los campesinos gallegos han creído ver alguna vez en su vida, al pasar un monte, bordear un río, salir de casa, atravesar un bosque ó saludar el cementerio.

Y tal como en largas noches de invierno Manuel había oído describir la aparición de la *compañía*, del mismo modo se agolpaban y revolaban ante su vista los siniestros visitantes, cuyas luces lívidas y oscilantes le aterrabán.

La *compañía* formó un círculo, en cuyo centro brillaba una luz más viva que las otras: aquella rueda giraba como una guirnalda de estrellas, é iba estrechándose de un modo fantástico y misterioso, hasta suprimir casi la distancia entre el centro y la circunferencia.

Una bandada de lechuzas, mochuelos, murciélagos y buhos revoloteaba junto á la ventana en que estaba Manuel.

La luz de la luna iba amortiguándose: parecía próxima á extinguirse.

Los pájaros de la noche se apiñaban delante de la ventana con tal tenacidad, que sólo por intervalos permitían al jóven vislumbrar la danza de los fantasmas.

De súbito una lechuza pasó rozando con las alas el cristal de la ventana, y lanzó un prolongado graznido que hizo retroceder de espanto á Manuel.

Abrióse la puerta que daba á la habitación del enfermo, y dibujóse en el dintel la figura de la anciana.

Manuel clavó en ella una mirada incierta, casi estúpida.

—¡Ruega á Dios por tu padre! exclamó la vieja con acento solemne, señalando con su dedo á lo alto.

—¡Ha muerto! preguntó fuera de sí el muchacho, precipitándose hácia la ventana, como desatentado y fuera de sí.

En el patio no había nada; pájaros y luces habían desaparecido: tan sólo á lo lejos podía oírse el tañido de una campana.

Manuel recorrió con presteza el fondo del paisaje, y al fin creyó distinguir entre brumas y oscuridad seis lu-

ces, cuyo brillo mortecino iba disipándose en lontananza.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! repetía el jóven golpeándose la frente; ¡vinieron siete y sólo se ven seis! ¡Le mataron ó le pusieron *luz negra*! ¡Ay, madre mía! ¡Velemos por mi padre; las puertas del cielo se han cerrado para él por toda una eternidad!

Madre é hijo cayeron de rodillas.

IV.

La casa de los Cipreses, en donde ni el pobre encontraba limosna, ni la viuda amparo, ni el sediento agua, ni el desnudo abrigo, fué desde la muerte de Nicolás refugio de desvalidos, asilo de desgraciados, consuelo de infortunios y calamidades.

Díjose por la aldea que la *compañía* había venido á buscar el alma del difunto; pero su hijo y su viuda, en fuerza de limosnas y buenas obras, hicieron desaparecer la odiosidad que sobre aquella casa había atraído la ambiciosa conducta del prestamista.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

REVISTA

DE LOS TRABAJOS DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES CIENTÍFICAS,
ECONÓMICAS Y LITERARIAS.

Toca su turno hoy á la Academia de Ciencias morales y políticas, porque con motivo de una pública recepción ha hecho recientemente nueva manifestación de su existencia, de su celo por su cometido, y de sus no interrumpidos trabajos. Así vamos dando á conocer á nuestros lectores la vida de los principales cuerpos científicos y literarios de la nación, no para indicar meramente alguno que otro fruto de sus estudios, dejando luego en olvido sus futuras tareas, sino para volver á ocuparnos de ellas, pasando verdadera revista á unos y otras, ora sean de las corporaciones de Madrid, ora pertenezcan á las de capitales de provincias y otras poblaciones. La Academia de Ciencias morales y políticas celebró sesión solemne el domingo 22 de mayo último, y bien merecen detenido exámen los discursos pronunciados, porque son de aquellos que interesan generalmente por su asunto, que sin dejar de tener profunda filosofía ofrecen el doble atractivo de ser útiles á los sábios y agradables también á los ménos doctos. Leyólo el Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Felipe Monlau que ocupaba entonces la plaza de académico de número para que había sido electo, y le dió por título: *Patología social.—Breve estudio sobre la criminalidad*. Precioso asunto ya por sí solo siempre recomendable, que ha consumido las vigiliás de los legisladores, de los políticos y de los hombres de Estado. Veamos, sin embargo, cómo le enlaza con la *patología* el Sr. Monlau, porque sabido es que el nuevo académico, además de ser médico de profesión, tiene por favoritos los estudios morales é higiénicos, en que ha conquistado reputación europea. Peregrino es el modo como desarrolla su tema, aventurando algunas consideraciones acerca del *cuerpo social* y de sus dolencias, comparado tan de cerca como ser pueda con el *cuerpo humano* y las enfermedades corporales. Todos nuestros literatos y hombres científicos han seguido igual conducta al escoger temas para sus discursos de recepción, y así lo habrá observado el lector en las anteriores revistas al ocuparnos de actos análogos de otras Academias. Es la especialidad de los diferentes y vastos conocimientos del Sr. Monlau la higiene, la medicina, la moral, los estudios sociales; así ha podido interesar á sus oyentes, embelesándoles con la novedad y maestría que supo imprimir á su discurso. Transcribiremos los párrafos más notables, seguros de que nos lo agradecerán nuestros lectores.

«Comienzo, dice el Sr. Monlau, por asentar que el cuerpo social no es, para nosotros, una institución libre, sino fatal, tan fatal como la organización del cuerpo humano individualmente considerado. El hombre es necesariamente social; no depende de él el no serlo; el hombre es sociable tan fatalmente como cristalizable en cubos es la sal gema ó comun. La *sociedad* es el modo de la *cristalización humana*.—El cuerpo social tiene una anatomía y una fisiología, lo mismo que el cuerpo humano. Las sociedades humanas son organismos, son conjuntos jerárquicos, con órganos y aparatos para cada función social: en el cuerpo social, como en el humano, hay, por último, funciones más ó ménos importantes; el pié no puede ser la mano, ni el pié ni la mano podrán usurpar jamás las funciones del corazón ó del cerebro,

centros supremos y reguladores de toda la economía animal.—El hombre tiene un fin, y tienenlo también las sociedades, como lo tiene la *humanidad*, conjunto de todas ellas. Del fin y destino del hombre no podemos dudar; y respecto del fin y destino de las sociedades humanas, bien podemos creer, apoyados en la inducción más lógica posible, que la función transcendente de la humanidad es contemplar y obrar lo verdadero, lo bueno, lo bello, el VERUM, JUSTUM, PULCHRUM, que con inmejorable acierto adoptó esta Academia por mote de su escudo.—La humanidad, las sociedades humanas, tienen igualmente su patología, como la tiene nuestro cuerpo. Toda la diferencia está reducida á que los libros de medicina llaman *vicio escrofuloso, raquitismo, tisis, reuma ó gota, hemorragia ó apoplejía, tifo, ó erisipela, convulsiones ó baile de San Vito*, á lo que en patología social toma los nombres de *pauperismo, mendicidad ó vagancia, prostitucion, lujo, guerra, criminalidad, antagonismo* entre el capital y el trabajo, *crisis industriales, rebeliones, revoluciones ó motines*, etc.

Yo no sabré decirlos qué papel desempeñan en el plan de la creación esas enfermedades, así las físicas como las morales; pero lo que sé es que unas y otras son tan antiguas como el mundo; que de unas y de otras se hallan casos esporádicos y terribles epidemias en los anales de los pueblos más primitivos; y que la patología humana, tanto la médica como la social, no ha variado sustancialmente desde los tiempos más remotos.

En efecto, observa el Sr. Monlau que el *pauperismo* es ineludible, como lo es también la *criminalidad*. Respecto del primero, está convencido de que sabía mucho más el Divino Fundador de nuestra sacrosanta religión al decir *Pauperes semper habebitis vobiscum*, que no el buen Enrique IV de Francia, que se proponía que cada francés llegara á poder poner gallina diaria en el puchero. En cuanto á la criminalidad, creía que á fuerza de estudio, de paciencia, de benevolencia y humanitarismo hubiera podido la sociedad domar ese monstruo; pero ve que es dolencia incurable, que difícilmente podrá atenuarse, ni siquiera medianamente paliarse, á no emplear otros recursos que los muy empíricos, egoístas é inertes, de que hasta ahora se ha echado mano. Los códigos penales le producen el efecto de una farmacopea de *cirujía social*, y esperaba que ésta podía curar la enfermedad, como se curan siquiera las dolencias quirúrgicas ordinarias. Todo en balde.

«Sí, continúa el nuevo académico, algo, y aún mucho, de fatal é ineluctable hay que reconocer en esa persistencia, millares de veces secular, de la criminalidad. Abrid los anales del crimen, y en su primera página, casi contemporánea de la creación, hallareis ya un fratricidio; seguid leyendo la sangrienta historia, que es obra larga y nutrida, y de letra muy compacta, y en el fascículo ó entrega última os encontrareis, por remate, con el múltiple asesinato de TRÖPPMANN!... ¿Qué es esto, señores? ¿No veis ahí una mano de hierro, una ley ineludible, un algo inexorable y fatal, que se está como riendo del libre albedrío de los individuos, y lo anula, y se le sobrepone? Así es la verdad; y el tributo de lágrimas y de sangre que impone aquella mano inexorable, se paga en todos los países con una regularidad espantosa, con una regularidad mucho mayor que las contribuciones votadas en nuestros presupuestos económicos. Al ver tamaña regularidad y constancia, al ver que en definitiva el libre albedrío individual queda invenciblemente sometido á una especie de voluntad social sintética, implacable y ciega, les ha ocurrido á algunos autores sospechar si, bien mirado, será la sociedad la que prepara el crimen, y el criminal un mero instrumento que lo ejecuta. Esta sospecha hace estremecer, y, sin embargo, no deja de ser fundada hasta cierto punto, porque el individuo no tanto es el producto de su organización, como del medio material y moral en que vive; esta atmósfera material y moral la crea el poder social; el poder social la infesta ó la purifica, según el uso que de sus facultades hace; á él le alcanza, pues, una buena parte de la responsabilidad; él es el co-responsable no tan sólo de la criminalidad, sino de todas las demás llagas morales, que se hallan tan tristemente confederadas, como necesariamente relacionadas están entre sí las enfermedades orgánicas con sus síntomas. En la criminalidad y demás miserias morales de un país veo yo el espectro de las faltas cometidas, de la negligencia y omisiones del poder social, cual en un idiota de nacimiento ve el fisiólogo el espectro de la rudeza, de la embriaguez habitual, de la estupidez de sus padres ó de sus abuelos.—Bien comprendereis, señores, el sentido en que debe tomarse esa responsabilidad social de que acabo de hablar; ni necesito añadir que el poder social no organiza el crimen á sabiendas, sino inconscientemente, mucho más

inconscientemente que el individuo que lo ejecuta. Este individuo criminal, entiéndase bien, no queda en manera alguna descargado de su responsabilidad, porque, en su esfera, obra libremente, y sus resoluciones, bien ó mal, siempre son motivadas; pero en el organismo social, en esa grande individualidad que llamamos *Sociedad ó Estado*, los libres albedríos de los individuos se hallan grandemente circunscritos, y en el vasto funcionar de la economía social desempeñan el muy secundario papel de meras causas *accidentales*. Por donde resulta que, haciendo abstracción de los individuos y considerando al cuerpo social en su conjunto, los efectos de todas aquellas causas accidentales se neutralizan y destruyen mutuamente, quedando tan sólo campeantes las verdaderas causas en virtud de las cuales existe y se conserva la sociedad humana. Estas causas son el secreto de Dios: nuestra menguada razón apenas puede hacer más que vislumbrar el modo de obrar de dichas causas, y decorarlas con el nombre de *leyes*, para satisfacer un poco nuestra miserable vanidad.»

Compara más adelante el Sr. Monlau la patología social con la médica, fijase en la *terapéutica* de la criminalidad, que al cabo la *curación* es lo más importante y práctico, cuando de enfermedades se trata, y observa que lo mismo en medicina moral que en medicina física, hay gran número de remedios estrambóticos y ridículos unos, crueles y desacreditados otros, ineficaces casi todos. ¿Cuán dilatado es el catálogo de las formas de delitos y de penas, y cuán ineficaces casi todas estas últimas! Porque, no hay que hacerse ilusiones; para fundar sólidamente el imperio de la razón en la sociedad, lo propio que dentro de sí mismo, el hombre tropezará eternamente con un sin número de obstáculos, de propensiones desarregladas, de deseos culpables, de hábitos viciosos, de opiniones equivocadas. «Y cuenta con que tales obstáculos, añade el Sr. Monlau, no dependen de causas accidentales ó transitorias, sino de causas permanentes, esenciales, naturales, inherentes á la constitución primitiva de nuestro ser; y cuenta también con que el combate que contra ellos trabaje el hombre ha de ser con las armas de una voluntad enérgica é ilustrada, apoyada en sólidos principios y robustas convicciones. Ni vayamos á eludir la dificultad fantaseando modos de organización nuevos; ó combinaciones artificiales que suponen resuelto lo que precisamente está en cuestión, á saber, que podemos variar el orden moral rehaciendo al hombre y ajustándolo á un molde que no es el que sirvió para crearlo. ¡Vana tarea! Las leyes del mundo moral son, para el hombre, tan invariables como las del mundo astronómico y físico. Gran merced es que podamos corregir, modificar, ayudar, perfeccionar; pero no nos empeñemos en *variar*, en hacer cesar los antagonismos perpetuos y naturales, en suprimir el esfuerzo, en rematar de un sólo golpe la lucha, en conseguir un desenvolvimiento armónico y fácil de las naturalezas individuales y de las fuerzas sociales, porque tal empeño es puro sueño y manifiesta locura, vana quimera y verdadera utopía. Nuestra vida actual es una vida de lucha y de combate sin tregua, porque siempre tenemos enfrente á los enemigos; si con ellos queremos transigir ó pactar sin haberlos vencido, nosotros seremos los vencidos y los humillados. El suelo que pisamos es con toda propiedad un *valle de lágrimas*, cercado, eso sí, de montes y collados de purísimo ambiente, de serena atmósfera y plácidas perspectivas y gratisimos aromas; mas para disfrutar de tales placeres, es necesario el esfuerzo previo que supone siempre toda ascension del valle á las alturas. La vida es un certamen cuya adjudicación de premios se verifica en el cielo: nuestra vida presente es un continuo guerrear: *Militia est vita hominis super terram* (JOB, VII, 1).

De esa imperfección original y nativa de que adolece el hombre, y de que adolece su *crystalización en sociedad*, no se vaya á inferir, sin embargo, que nada podemos, que nada debemos hacer. Al contrario, el hombre es perfectible (¿cómo no ha de ser *perfectible*, si es tan *perfectible*!); las sociedades humanas son perfectibles también. Algun resultado han de producir la lucha y el esfuerzo á que estamos condenados, alguna ventaja han de traer la cultura intelectual y la humilde cooperación al orden y al bien universal, que son la obra de Dios. Esto es evidente de por sí, y evidenciado se halla además por la experiencia de los siglos. No podemos alterar, por ejemplo, la talla media del hombre, ni la proporcionalidad de los sexos, ni la ley general de la mortalidad humana; pero estudiando los hechos sociales, y viendo que tal ó cual forma de trabajo, tal ó cual régimen alimenticio, influye en las tallas; que el concubinato tiende á producir menos varones que hembras; que la prostitución es estéril ó muy poco fecunda; que los matrimonios precoces dan un resultado análogo, ó producen hijos con

escasas probabilidades de vida, etc.; claro está que en vista de tales hechos podemos remediar bastante sus efectos, y modificar en algo las leyes de la mortalidad humana. ¿Quién duda de que las han modificado ya considerablemente los progresos, aunque poco rápidos, de la higiene pública, la simplificación de los métodos curativos, la práctica de la vacunación, la libertad del trabajo y otras cien concausas beneficiosas? No abandonemos, pues, al fatalismo, ni al empirismo, los progresos de la civilización; pero guardémosnos igualmente de exagerar el alcance de la *perfectibilidad humana*, que viene á ser como el *límite* en matemáticas; podemos irnos acercando á ella de continuo, siempre, pero no llegaremos á alcanzarla nunca...—Nunca llegaremos, pues, á extinguir la criminalidad, porque nunca conseguiremos destruir la miseria, la ignorancia, las pasiones y los vicios, que son sus causas impulsivas; pero podremos atenuarla, disminuirla en mucho, rebajar notablemente el guarismo de 40.000, que viene á ser el de los atentados contra la propiedad y contra las personas, que anualmente se perpetran hoy en España, y el de 20.000 que es el de la población ordinaria de nuestros establecimientos penales. Mas para alcanzar tan apetecible rebaja, entiendo también que convendría adoptar una terapéutica mucho más enérgica y mucho más racional que la que estamos practicando. Nuestros métodos curativos de la criminalidad (y casi todos los seguidos en Europa y en América) no son tales *métodos*, sino *expedientes* para salir del paso, quitarnos de la vista á los criminales, encerrarlos y sujetarlos para que no continúen causándonos daño. Con tapar la úlcera, que no es sencilla, sino que está sostenida por un vicio orgánico, con malvendarla, nos hacemos la ilusión de que la *curamos*. Igual ilusión que las sociedades se hacen muchos enfermos de dolencia física respecto de sus males ó vicios constitucionales.—Otra semejanza digna de nota hay entre la sociedad y el individuo, y es que ni aquella, ni éste, piensan seriamente en llamar al médico y ponerse en formal cura, hasta que una hemorragia repentina, una hinchazón fuerte, una recrudescencia de los dolores, ó un síntoma peligroso cualquiera, les advierte de lo insensato de su conducta. ¡Esta, no obstante, vuelve á ser tan omisa y descuidada como ántes, luego que se ha pasado el peligro ó amortiguado el dolor!»

«Mas no se crea que el señor Monlau deje de indicar mejoras y remedios para evitar, para atenuar, para castigar la criminalidad. Podríamos transcribir á continuación las más bellas páginas de su discurso, porque llenas están de buenos propósitos y de bellezas morales. Nos dice las condiciones que han de tener los establecimientos penales, y sus directores, porque no han de ser éstos comitres ignorantes, duros y de mal génio, con subalternos y dependientes ignorantes y desmoralizados, sino directores y médicos respetables por su carácter, luces é instrucción, buenos estudios y larga práctica, encomendando la asistencia y trato de los presos y penados á esas congregaciones religiosas que en pocos años han producido tantos beneficios en algunos penitenciarios de Francia, de Alemania y de los Estados-Unidos. Recomendando, en fin, las *obras de misericordia*, y termina su discurso con aquel precepto inmortel del Divino Jesucristo: ¡AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS!»

Contestó al señor Monlau, en nombre de la Academia, el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Miguel Sanz y Lafuente, individuo de número, de cuyo bello discurso creemos digno de reproducir uno de sus párrafos, por las verdades que en breves renglones encierra.

«Ese hombre no está civilizado: brilla, sí, la civilización material en su ropaje, en su apostura, en el mobiliario de su casa, en sus festines espléndidos; pero su alma, su inteligencia, su corazón sobre todo, están por cultivar: al mirarle por fuera le encontrareis culto y civilizado; mas por dentro no hallareis sino un salvaje. No dudo que este pseudo-civilizado, fino, elegante, con sus alardes de literato, muy limpio y perfumado, sea la delicia de los salones; pero estudiadle, y, en general, y con pocas y honrosas excepciones, le hallareis egoísta, soberbio, insensible, duro, indócil, sin respeto alguno á los superiores, menospreciador de la autoridad y de la ley, detractor, maldiciente y libidinoso, y según el viento que pase por su cabeza ó penetre en su corazón, tal vez le vereis algún día cruel, feroz y atrabillario; y si para saciar sus instintos necesita matar hombres y beber su sangre y devorar sus entrañas, lo hará, sí, lo hará, y ese hijo de la civilización será el asombro de los bárbaros: así sucedió en la Revolución francesa, que por cierto suministró no pocos ejemplos de este género. Pero en lugar de este hombre, dadme un pueblo, un pueblo entero, y habitantes cuyos depravados instintos no hayan sido reprimidos en la infancia; pueblo tal vez con alguna ciencia superficial, con inteligencia acaso, pero

sin principios morales; pueblo que sepa siempre aborrecer y nunca amar, rebelarse y no obedecer, menospreciar y nunca respetar; pueblo impío, que profese la blasfemia y sea ajeno á los sentimientos del pudor; pueblo que, en vez de adorar al Sér Supremo, todo lo sacrifica en las aras del deleite; pueblo de pasiones desenfrenadas; pueblo siempre capaz del crimen y nunca del arrepentimiento; que habria sabido siempre enriquecerse, pero nunca sacrificarse por nada ni por nadie; pueblo doloso, desleal y perjuro, á ese pueblo no le llameis *civilizado*; no lo considereis *sano*; está peligrosamente *enfermo*..

Tambien ha dado pruebas en el presente año de su entusiasmo y celo científicos la Academia de Medicina de Madrid, publicando los discursos pronunciados en la inauguración de las sesiones. Han sido dos; ambos notables, cada uno en su género. Cumpliendo con su deber académico, pronunció el suyo el Dr. D. Victoriano Usera, tomando el siguiente tema: *Influencia de la educación física, moral é intelectual en la salud del cuerpo y en la del espíritu*. Tema que desarrollado con profundo conocimiento del corazón humano y de las necesidades de la sociedad, ofrece á grandes rasgos un cuadro de educación física y social del hombre. El Sr. Usera comienza por hacerse cargo del dualismo que existe en el sér humano, el espíritu y la materia, examina sus leyes indeclinables, considera los límites de lo justo y de lo verdadero, exige en el matrimonio la armonía y equilibrio necesarios para el perfeccionamiento de la especie; ocúpase enseguida de la educación física y doméstica, de los medios de hacerse fecunda en obsequio de la buena moral, y se detiene con este motivo en ponderar los bienes y males que ofrezcan la prensa, la novela y el teatro. Hé aquí lo que juzga de este último:

«El teatro puede ofrecer recreo ó instrucción, placeres honestos y lecciones sublimes, siempre que corresponda al fin que debe tener en una sociedad, cuyas creencias religiosas inspiran los sentimientos más puros. Pero si el sordido interés se apodera de la escena como objeto de lucro; si rompiendo con todos los respetos hace de los sentidos un comercio y dioses de las pasiones, entónces mina sordamente las bases de la sociedad, y alterando la paz del alma, lleva la disolución al sagrado del hogar doméstico. No dirigiéndose el drama, como más de una vez sucede, á un fin humanitario, y no siendo como en otro tiempo elemento de gobierno, la imaginación del poeta va á menudo á beber sus inspiraciones en la fuente embriagadora de los sentidos, y arroja sobre la escena monstruos en vez de hijos del génio. El público aplaude esas grandes situaciones que le arrebatan con violencia irresistible, sin comprender que se negocia con su sensibilidad y que se pone en tortura su espíritu. En lugar de sentir, padece; y en vez de espectador, da él mismo el triste espectáculo de la debilidad humana. Por otra parte, el abuso que se hace de intrigas amorosas, alambicadas y ardientes, no puede convenir nunca á la sensible juventud. Por más que se guarden las consideraciones debidas á una sociedad culta, por más ingenio-

sa que sea la ficción, las victorias de la pasión serán siempre demasiado estrepitosas y aplaudidas en la escena, para que la juventud no sienta arder en su pecho la viva llama que encienden. No es posible que su alma deje de tomar parte en los palpitantes cuadros de ternura, de odio y de celos que se ponen á su vista y se desenvuelven con vivo y seductor colorido, llevando la exaltación hasta el delirio. Dominado el corazón por la fuerza del sentimiento, llora, ama, odia y delira en

la acción más importante que siguió á la anterior fué: ¿qué género de asistencia es preferible para las enfermedades de los pobres?—Entre las interesantes comunicaciones que ha recibido la Academia de dolencias y operaciones notables y de noticias curiosas sobre diversos puntos científicos, figuran: un caso de amputación total de la lengua, practicada por el Sr. Marqués de Toca; datos interesantes sobre la epidemia de crup que ha reinado en el último otoño, referidos por el Sr. Benavente; la ob-

servación de un enorme tumor elefantiaco del escroto, estirpado por el señor Castelo, y consideraciones curiosas sobre la oportunidad de la iridectomía en el glaucoma, hechas por el Sr. Cervera, apoyándolas principalmente en dos observaciones recientes, con éxito muy distinto, apesar de la aparente analogía de las circunstancias. Y con estas discusiones han alternado mil comunicaciones instructivas, informes luminosos al Gobierno, noticias sobre el estado de la enseñanza en otros países, adelantos en los aparatos, etc.—Los temas ofrecidos para el concurso de este año son los siguientes:

I. Señalar diferencias fundamentales entre las enfermedades diatésicas y las discrásicas.—II. Aplicaciones que permite hacer á la fisiología y á la terapéutica el estado actual de la química orgánica.—III. Determinar por ensayos prácticos las condiciones más convenientes para el cultivo en España de las diferentes especies y variedades de adormidera, así como la producción respectiva de ópio y riqueza de éste en morfina.—IV. Estudio crítico de las teorías emitidas para explicar la generación de los elementos anatómicos.—V. Juicio crítico sobre el estado de la medicina española á fines del siglo XVIII.

Finalmente, para el año de 1872, confiando la Academia en el creciente celo de los profesores, además de excitar á cuantos se dedican en España al estudio de las ciencias médicas á remitirla sus comunicaciones, para que, dándose cuenta de ellas en las sesiones públicas, redunden en beneficio de la humanidad doliente y den cré-



DON SEGISMUNDO MORET Y PRENDERGAST, ACTUAL MINISTRO DE ULTRAMAR.

aquel momento, porque así lo exige la situación, y después trasporta estas mismas impresiones al teatro real del mundo, con todo el fuego de una imaginación volcánica. Exigir que la juventud, ideal y entusiasta, permanezca indiferente delante de esas reproducciones de la vida, y que no crea y se inspire en lo que tal vez sea en aquel acto una traducción fiel de las borrascas de su alma, es pretender un imposible, ó afectar una candidez que no cuadra en los días que alcanzamos. Si fuera dado á la medicina penetrar en los repliegues del alma, la prohibición de esas emociones se elevaría á axioma para la curación de muchas enfermedades..»

El segundo discurso leído en la Academia de Medicina de Madrid es del secretario de la misma, Sr. Nieto Serrano, dando cuenta de las tareas de la corporación en el año anterior. Han sido objeto exclusivo de ella la ciencia y sus aplicaciones á la Administración. La primera cuestión que se debatió en sus sesiones literarias, fué la de fijar hasta qué punto conviene alimentar á los sujetos que padecen enfermedades tifoideas. La discus-

ión á sus autores; ha elegido temas de interés práctico y positivo, que ofrece á la laboriosidad de los amantes del saber: uno de ellos es reproducido de los anteriores concursos, por no haberse presentado memorias acerca de él, apesar de la inmensa importancia que tendría su acertada resolución. Los otros dos pertenecen á las secciones de cirugía y de filosofía médica.—I. Qué precauciones higiénicas deberán observarse en la canalización y riego, para evitar todo daño en la salud pública.—II. Del glaucoma, sus síntomas, variedades y diagnóstico diferencial, y del valor de la iridectomía como medio terapéutico considerado en general y con relación á cada una de sus variedades.—III. Memoria biográfica-bibliográfica ó crítica acerca de D. Andrés Laguna.

Mucho nos hemos extendido en esta revista, por lo que no podemos ocuparnos ya de los trabajos de otras Academias y Asociaciones científicas; pero daremos todavía á conocer á nuestros lectores el programa de premios para el año presente que ha publicado la Academia Mé-



LA CIUDAD DE GERONA.—ESTÁTUA DE DON JUAN FIGUERAS, PARA EL SEPÚLCRO DE DON MARIANO ALVAREZ DE CASTRO.



EJÉRCITO ESPAÑOL.—INGENIEROS.

dico-Quirúrgica Matritense. Hé aquí los temas y condiciones del concurso:

I. Biografía de D. Francisco Valles de Covarrubias (el Divino), y reseña crítico-filosófica y detallada de sus obras (premio de la Academia).

II. Diagnóstico diferencial de la meningitis tuberculosa y medios de tratamiento (ofrecido por el señor don Luis Portilla, protector de la Academia).

III. Juicio crítico-filosófico entre el procedimiento lineal modificado del Dr. Graefe para la extracción de la catarata, y el clásico método á colgajo (ofrecido por el doctor D. Francisco de Asís Delgado Jugo, socio de mérito de la Academia).

IV. Exposición de un método general de análisis inmediata, aplicable á la extracción de los principios de naturaleza orgánica que se emplean en la terapéutica (ofrecido por D. Félix Borrell, socio de mérito de la Academia).

Se destinarán cuatro premios, uno para cada tema, los cuales consistirán en la cantidad de cien escudos y el título de socio de mérito de la Academia. Habrá además otros tantos *accessit*, que consistirán en el título de socio de mérito. Las Memorias optando á los anteriores premios deberán estar escritas en castellano, latin, portugués ó francés. A cada una de las Memorias que se presenten deberá acompañar un pliego cerrado, en el que conste el nombre y la residencia del autor. Este pliego vendrá señalado con el lema que figure en la Memoria. Será excluido del concurso todo trabajo que venga firmado por su autor ó con indicación alguna que pueda revelar su nombre. Las Memorias se dirigirán con sobre al Presidente de la Academia, y dirección á la Secretaría general de la misma, calle de Capellanes, núm. 10, donde se expedirá á quien lo solicite el correspondiente recibo de entrega. El concurso quedará cerrado el 31 de Octubre de 1870, después de cuyo día no será admitida ninguna de las Memorias que se presenten. La Academia publicará oportunamente los lemas de las Memorias recibidas, así como los de las que la corporación juzgue acreedoras á los premios. Estos últimos serán públicamente adjudicados en la sesión aniversario del año próximo á los autores de las Memorias premiadas ó á los que para ello se presenten competentemente autorizados, abriéndose en el mismo acto los pliegos que deban contener sus nombres, al mismo tiempo que se inutilizan los que correspondan á las Memorias no premiadas. Toda Memoria recibida para el concurso quedará como propiedad de la Academia.

FLORENCIO JANER.

MARRUECOS.

ARTÍCULO PRIMERO.

La ciudad de Tánger. — Las mujeres de Berbería. — Nuestros grabados. — Sectas feroces.

I.

Al hablar de este singular país, creen muchos que en él reinan el lujo y la poesía de los célebres cuentos de las *Mil y una noches*.

El europeo que visita cualquiera de las ciudades de Marruecos, entra en ella con el pensamiento lleno de aventuras amorosas; eunuco y esclavos negros, enteramente adictos á los caprichos de sus señoras, y de serrallos cuyas puertas pueden abrir fácilmente el oro y la audacia.

Desgraciadamente estas bellas ilusiones no tardan en desvanecerse por completo ante la realidad.

Ni hay serrallos perfumados; ni fuentes bulliciosas y artísticas; ni Alhambras en miniatura; ni complacientes esclavos dispuestos á introducir furtivamente al amante aventurero en cómodos y encantadores retretes.

Tánger, lo mismo que las demas ciudades de la costa de Berbería, es una poblacion que visitan bastantes europeos, sin que esto contribuya á modificar las costumbres de los naturales del país.

En Tánger aún hace muy pocos años que se clavaban en las puertas que dan al campo los mutilados miembros y cabezas de rebeldes y delincuentes, y sólo los repetidos ruegos de los ministros plenipotenciarios y cónsules generales que allí residen, han podido relegar tan bárbaro y repugnante espectáculo á las ciudades del interior.

Tánger, visto desde el mar, presenta una agradable perspectiva. La blancura de sus casas, lo esbelto de sus minaretes, cubiertos de pequeños ladrillos de colores, su blanco y extenso arenal, al fin del que descuellan algunas pintorescas ruinas, restos de la antiquísima *7^{ma}*

gis de los romanos, predisponen favorablemente el ánimo del viajero; pero éste llega á pisar sus calles tortuosas y súcias; ve de cerca aquellas casas que tan bellas le parecieron desde la embarcacion que lo condujo, y entónces experimenta un sentimiento extraño en que se mezclan el fastidio y la melancolía.

Apesar de esto ofrece para él tanta novedad cuanto ve en torno suyo, que el aburrimiento no tarda en dejar lugar á la curiosidad más viva.

La calle principal de Tánger, que es como si dejáramos, la gran arteria de la ciudad, presenta una animación extraordinaria á todas las horas del día.

Enmedio de ella está la plaza de Abastos, el *Zoco* como la llaman los moros, en la cual se venden el pan, las frutas y legumbres, y trozos de carne de buey y de carnero.

En esta calle tambien se hallan situadas las tiendas de los comerciantes hebreos y argelinos.

Son estas tiendas pequeñas y de formas irregulares, y sus propietarios, que apenas pueden ponerse en ellas de pié á causa de lo bajo de los techos, aparecen sentados al estilo oriental, entre vistosas telas, armas del país y frasquillos de esencias adulteradas.

A uno de los extremos de esta calle se eleva una hermosa mezquita, pudiendo verse desde fuera * anchos patios sostenidos por columnas, en los cuales bullen abundantes fuentes destinadas á las abluciones.

Esta mezquita tiene en su entrada principal una escalinata, derruida en partes por la incuria de los moros, no faltando jantás en ella graves personajes que repasan tranquilamente sentados las cuentas de su rosario, ó *santonos* de mirada torva y trages harapientos.

Ensimismados en su oracion y repitiendo cien y cien veces *Allá* (Dios) es grande, nada es capaz de distraerlos, nada les hace levantar sus ojos del suelo.

Ya pueden pasar en aquel momento por delante de ellos curiosos extranjeros, vistiendo el desairado gaban y la levita, trages de que se burlan grandemente; ya hermosas cristianas con el rostro descubierta, razon por la cual hablan con bastante desprecio de nuestras mujeres; ya, en fin, la cómica áun cuando sangrienta comitiva que distingue á las justicias de sus bajaes, que no conseguirán tan variados objetos cautivar la atención del moro que se halla orando. Creemos que en aquel momento sufriria la muerte, sin dar la menor señal de sentirla, sin lanzar un sólo grito.

Es Tánger una ciudad sumamente sana, apesar de los focos de infección que existen en sus calles, en donde no es extraño ver gatos, perros, y áun borricos muertos, que nadie se cuida de conducir á otro sitio de ménos tránsito.

Tánger, á ciertas horas del día, presenta en todas sus calles cuadros animadísimos y un tanto pintorescos, que un pintor de talento no desdeñaria.

Vense por todas partes moros con ricos y airosos trages montados en poderosas mulas *, á los que suele preceder un criado á pié gritando desaforadamente: *bálar* (aparta).

Rebaños de camellos, que alargan sus cuellos largos y pelados rumiando continuamente, caminan al compás, sin mostrarse muy sensibles á los palos que en ellos menudean sus conductores, que no tienen para los pacientes animales más que estas *caricias* y algunas terribles maldiciones que les prodigan á causa de su paso tardo.

Moras tapadas de piés á cabeza; hebreos de Jerusalem y del país con sus hopalandas negras, llevando los primeros anchos turbantes en forma de plato y los segundos gorros pequeños y achatados; infinidad de chiquillos y perros que difícilmente corretean por entre el gentío, y muchos soldados, ya á pié, ya caballeros en fogosos caballos árabes, circulan, se confunden, se empujan y aglomeran, en aquellas calles torcidas y de piso desigual.

Agregad á esto la comitiva de una boda que conduce los pendones de uno ó más *santos* tenidos por tales en vida; el ronco son de las gaitas moras y los destemplados gritos de los vendedores de agua, de los cuales es copia exacta uno de nuestros grabados, y podreis formar una idea de lo que son las calles de Tánger.

Entre tanta variedad de trages y colores, destacan, de una manera bien pobre ciertamente, nuestros pobres vestidos y algunos horribles sombreros de copa alta, con

* A los cristianos les está vedada la entrada en los templos mahometanos. Hace poco tiempo que un inglés, sumamente curioso, aprovechando un momento de descuido, se atrevió á penetrar en uno de los patios exteriores de la mezquita de Tánger; atrevimiento que por poco le cuesta la vida.

* Los moros que no pertenecen al ejército, no montan más que en mulas. Los célebres y hermosos caballos árabes sólo sirven para los soldados.

que se presentan sobre todo los ingleses procedentes de la vecina roca que se llama Gibraltar.

Las moras van cubiertas de piés á cabeza por las calles, no enseñando más que los ojos, que generalmente son negros, grandes y rasgados. En cambio pueden admirarse los encantadores rostros de las hebreas, que sonrien con bastante agrado y áun diremos provocativamente, al extranjero á quien seducen sus bellísimos ojos, la finura de su cutis y lo sonrosado de sus labios frescos.

II.

Ya que hemos hecho mencion de las mujeres de Marruecos, diremos algo acerca de sus cualidades y costumbres.

Las moras, efecto quizá del clima en que viven ó de la continua clausura en que las tienen sus padres y esposos, se muestran muy aficionadas á los cristianos.

Ellas saben que entre nosotros la mujer es reina y no esclava. Ellas saben apreciar las deferencias que guardamos con el sexo bello, y sólo el temor al castigo puede contenerlas en ciertos límites.

Sin embargo, en los baños públicos á que son sumamente aficionados, y en donde como se puede suponer no entran los hombres, suelen fraguarse algunas intrigas. El moro que espía á una de sus mujeres, sigue sus pasos al salir del baño, engañado con un trage enteramente igual al que llevaba su esposa. La sigue; pero no tarda en convencerse que aquella mujer no es la suya. Entretanto la infiel ha desaparecido, y sólo Dios sabe á qué cita culpable ó á qué escondido lugar fué quizás á faltar á sus deberes.

En ninguna parte del mundo se castiga tan horriblemente el adulterio como en Marruecos.

Ya encajonan á la culpable en unas tablas fuertemente unidas á las que dan toscamente la forma de su cuerpo, y untándolas la cara con miel, las exponen al sol hasta que mueren de hambre y de sed, ó encerrándolas en un enorme saco, en que meten vívoras, gatos monteses y otras alimañas, las arrojan al mar ó á un rio cualquiera, en donde, como pueden suponer nuestros lectores, tienen una muerte corta, pero horrible.

Estas pobres criaturas, bellas, ardientes y apasionadas, buscan en vano en sus esposos un amor único, grande y sincero como el que ellas sienten; pero sus tiránicos señores tienen que compartir sus afecciones entre varias mujeres, entre las que suele haber una que obtiene la preferencia, si no por la belleza, poniendo en juego lúbricos secretos de una voluptuosidad que sólo una imaginacion extraviada puede concebir.

La costumbre de tener rivales no es bastante á evitar tempestuosas escenas de celos y crímenes, razon por la cual los moros ricos tienen una casa para cada una de sus mujeres, á las cuales visitan alternativamente ó segun su capricho.

¡Cuántas lágrimas, cuánta desesperacion ocultarán aquellos encierros!

Pintan las moras su rostro haciendo pequeños ramos en la frente y en la barba con una yerba llamada *jenna*, y adornan sus magníficos cabellos con sargas de perlas y corales.

Sus vestidos, que son por lo general en las ricas de gasas y muselinas finísimas bordadas de seda y oro, tienen bastante parecido al trage con que suelen pintar á Zulema, la poética amada de nuestro gran Gonzalo de Córdoba.

Respecto á las hebreas, visten con más riqueza que gusto, y no es extraño ver, áun en las pobres, hermosos collares de perlas y esmeraldas y costosos aderezos de oro.

Las hebreas son por lo general bellísimas y apasionadas, y susceptibles de sentir profundas pasiones, bien al revés de los hombres de su raza.

Otro de los grabados que damos hoy al público, representa una vista de un arrabal de la inmensa ciudad de Marruecos.

Altas tapias hechas de tierra y ladrillo y grupos de palmeras que se destacan sobre el fondo oscuro del horizonte, son los objetos que copia fielmente este grabado.

Es tanta la verdad que hay en él, que el que esto va escribiendo, se cree momentáneamente trasportado á aquellos lugares que visitó no há muchos años.

III.

Existe en toda Berbería una secta de moros fantásticos que se llaman los *Issaguas*, los cuales tienen tanto odio á los cristianos, que todas sus conversaciones están salpicadas de maldiciones terribles para nosotros.

Estos moros se reúnen en las plazas públicas en las grandes solemnidades, y allí tiene lugar una escena extraordinaria que hemos presenciado muchas veces.

Cogidos de las manos y formando un círculo inmenso, comienzan los issaguas á dar vueltas pausadamente al compás de un canto triste y monótono.

Este canto va haciéndose cada vez más y más vivo y las vueltas más rápidas, hasta parar en desenfadada carrera. Dentro del círculo hay una pobre ternerrilla que muge dolorosamente, cual si adivinase el triste fin que la aguarda.

Cuando los issaguas, medio embriagados con su extraña danza, sus cantos salvajes y el olor de la pólvora (pues es de advertir que en toda fiesta de moros hace un papel principal la espindarga); cuando el fanatismo religioso de aquellos hombres llega hasta el furor, entónces se arrojan como fieras hambrientas á la estremecida ternerrilla, la cual en un instante es hecha pedazos con uñas y dientes, y devorada cruda por los issaguas, los cuales no dejan de ella más que los huesos tibios y ensangrentados.

Esta escena repugnante, horrible, trae á la imaginación de cualquiera que la contemple los feroces canibales de la Oceanía.

La secta de los issaguas se divide á su vez en otra porción de sectas, cuyos individuos se llaman los hijos del *Leon*, los hijos de la *Serpiente*, los hijos del *Tigre*, y con otras denominaciones por el estilo.

Cada secta tiene su canto especial destinado para las danzas, cantos que respiran barbarie y ferocidad.

«Nosotros somos (dicen los unos) los hijos del león. Tenemos uñas y grandes colmillos como nuestro padre, y nos gusta mucho la carne palpitante y ensangrentada.»

«Mordemos como las serpientes (ahullan otros haciendo mil visajes y retorciéndose como si efectivamente fuesen reptiles). Silbamos como la serpiente, y también tenemos veneno como ella.»

Hé aquí una pequeña muestra de aquellos cantos sanguinarios expresados con visajes tan horribles como ridículos; con ahullidos espantosos, con los cuales pretenden imitar á las fieras, de las cuales se confiesan hijos.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

CÁNTIGA.

Á OLVIDO.

Cuando la noche tiende callada
Su azul cortina de luz bordada,
Cuando la brisa que rúnda gira
Por el espacio rie ó suspira,
Febril ensueño llena mi mente,
Mi pecho halaga, quema mi frente.
Entónces oigo como un suspiro
Que al fondo llega de mi retiro,
Y hallo una rosa bella y galana
Que abre sus hojas en mi ventana.
Su perfumada, roja corola,
Con claros visos se tornasola;
De blanca luna los resplandores
Dan á la rosa brillo y colores;
El fresco ambiente puro y sereno
Deja la rosa de aromas lleño;
Y entónces oye mi fantasía,
Como el acorde de una armonía,
Los dulces cantos que exhala ufana
La flor hermosa de mi ventana.

«Yo soy la rosa de Alejandría,
Con suave aroma, brillo y colores,
Me trasplantaron de Alejandría
Los dulces géneos de los amores.

Soy linda mariposa
De los vergeles;
Color toman mis lábios
De los claveles;
Como una fuente mi voz resuena
De melodía y encanto llena,
Y en mi sonrisa,
Calor halla y perfumes
La blanda brisa.

Yo del acacia guardo el aroma,
La perla envidia mi tez preciada,
Y el sol de junio su lumbre toma
De los destellos de mi mirada.

De las amantes quejas
Nunca me cuido,
Me apellidan los hombres
Flor del olvido;
Tiene mi talle tal gallardía
Que la palmera lo envidiaría,
Y mis cabellos,
Del ébano y la noche
Tienen destellos.
Me cierno en brazos del áura leve,
Perlas y flores brotan mis huellas,
Fingen mis manos nítida nieve
Y causo celos á las estrellas.
Es mi boca una fresa
En dos partida,
De nardo perfumada,
De miel teñida;
Mi ardiente aliento que el viento llena
Su aroma toma de la azucena;
Guardan mis lábios
Suspiros y esperanzas,
Dichas y agravios.
Pobre poeta que estás dormido,
Yo tus ensueños encantadores
Desde mi tallo gentil presido,
Y les doy vida, luz y colores.
Yo presto á tus cantares
Grata armonía,
Con los ricos acordes
Del alma mía;
Por mí tu espíritu veloz se lanza
Tras de las huellas de la esperanza.
Yo en tu memoria
Noble ambición enciendo
De nombre y gloria.
Yo guardo cantos como el arrullo
Con que se aduerme la mar inquieta;
Sueños de aromas como el capullo
Blanco, y morado de la violeta.
Ricas inspiraciones
Tiene mi alma,
Fulgores deslumbrantes
Del cielo en calma,
Sobre mis hojas la Providencia
Vertió fragante, morisca esencia;
Con alegría,
Te prestaré, poeta,
Mi poesía.»

Plegó sus hojas la flor preciosa,
Quedó la noche muy silenciosa,
Con ilusiones el alma ufana,
Tendí mis ojos á la ventana;
La flor no estaba, mi bien querido
Como un perfume desvanecido,
En blanca niebla se convertía
Al primer beso del nuevo día.
Comprendí entónces que me engañaba,
Que de mi sueño ya despertaba,
Y como el alma se agita pura
Tras los delirios de mi locura,
La noche anhela mi fantasía,
Y oír en triste dulce armonía,
Los dulces cantos que exhala ufana
La flor hermosa de mi ventana.

J. TOMEY Y BENEDICTO.

ARMONIAS ÍNTIMAS.

(IMITACION DE ZANELLA.)

Voces secretas que en murmullos suaves
De misterios lleváis mi fantasía,
Dulces susurros, vibraciones graves,
¿Quién os envía?

¿Alguno me calumnia? ¿Es que insensatos
Sus lenguas contra mí los necios mueven,
O es que sirvo de mofa á los ingratos
Que algo me deben?

¿Alguno me recuerda? El leve ruido
Que remeda los ecos de una lira,
¿Será acaso de un bien desvanecido
La mágica mentira?

¿O de aquellos amigos de la infancia
Que en la tumba reposan olvidados,
Vendrán á mí salvando la distancia
Los ayes apagados?

Ora os traigan las olas ó los vientos
Nuncios á ser de pena ó de ventura,
Que os oiga siempre yo, caros acentos
De un nada que murmura.

¡Vosotros sois las voces encantadas
Que de este mundo al otro se dan cita,
Y en vuestras vibraciones ignoradas
¡La Creación palpita!

MANUEL DEL PALACIO.

Florenca, 1869.

EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

POR

JOSE FERNANDEZ BREMON.

(Continuacion.)

CAPITULO XV.

LA VIZCONDESA.

El tocador de la vizecondesa del Arco parecia un oratorio en que no se rendía culto al espíritu, sino á la humanidad de su hermosa propietaria. Grandes espejos destinados á reproducir su imágen, una especie de altar con todas las maravillas de la perfumería parisiense, consagrado á perpetuar la belleza de Amelia, y un divan de cabecera y otros muebles á cual más cómodos para proporcionar el más blando reposo á los delicados miembros de Amelia. Ni un libro el más superficial en aquella habitacion de dama ociosa, ni una obra artística en aquel camarín de princesa, ni un florero en aquel gabinete de criolla, ni un retrato de hombre en aquel aposento de mujer; nada que pudiese distraer el ánimo y apartarle de una adoracion exclusiva hácia la divinidad que presidía aquel coqueton y perfumado templo; nada que indicase recuerdos ó esperanzas; Amelia debía pasar allí las horas en una especie de letargo, narcotizada por los aromas y cuidando de sí misma como de esas flores tropicales que se conservan en estufas.

Una elegante colgadura dejaba entrever otro aposento pequeño y estucado; acaso en él se guardaba de las miradas indiferentes ó curiosas alguno de esos objetos que se echaban de ménos en el tocador, el cual delatase las afecciones íntimas de Amelia. Nada de eso: allí sólo habia un baño de mármol, varias sillas y otro espejo.

La vizecondesa del Arco parecia divorciada de su alma; todo para su hermosura y comodidad; todo para su cuerpo.

Aquel día, reclinada en el divan en su actitud más fascinadora, sonreía á Teodoro, que estallaba de gozo al verse admitido en aquel misterioso recinto y hacia los cálculos más halagüenos por tan inexperada confianza.

—¿Conque D. Braulio y Herrera no han vuelto á visitarse?... decía Amelia examinando á Teodoro fijamente.

—Me he convertido en espía de Luciano y puedo asegurar á Vd. que no se han visto: Herrera apenas sale de casa y sólo algunas noches ha abandonado su habitacion para rondar inútilmente la calle de Clotilde.

—¿Inútilmente?...

—Hasta anoche, en que logró sobornar al portero de la niña; ¡oh! Fué una seducción difícil y arriesgada. El asturiano se negó á recibir ~~un~~ napoleon, dos, cinco, el doble, por escuchar unas palabras, y señaló á Herrera la puerta con gran dignidad, asegurándole que daría parte á la señora: Luciano, desesperado, tuvo una feliz inspiracion, y dijo con tono lastimero: «Amigo, no siento el desaire, sino recibirlo de un paisano.»

La vizecondesa no pudo ménos de sonreirse: sabia que un buen asturiano puede negar su bolsa al hombre más solvente, su corazón á la doncella más enamorada; pero nunca negará sus servicios á un paisano.

Teodoro prosiguió.

—¿Paisano?... dijo el portero, y entónces le permitió su conciencia aceptar las diez monedas.

—En resúmen...

—Luciano salió con aire satisfecho, y yo que sólo habia oido con gran riesgo la parte del diálogo que he referido, entré en la portería. «Acaba Vd. de hacer traicion á su señora», exclamé sin más preámbulo; «se ha vendido Vd. por diez napoleones...» El portero, aterrado,

me interrogó con una mirada estúpida y sin acertar á disculparse. «Puedo perderle á Vd. por su mala accion, y lo haré si me calla Vd. algo de lo que aquí ha sucedido.» La severidad de mis palabras y las monedas de Luciano, que sonaron indiscretamente en un bolsillo del portero, decidieron á este último.

—Es Vd. impagable Teodoro, y su conducta merece una gratitud sin límites.

—¡Gratitud?... repuso el jóven algo descontento.

La vizcondesa en vez de contestar le dirigió una mirada llena de promesas: Teodoro, fascinado, olvidó al portero y á Luciano, y olvidándose de sí mismo se apoderó de una mano de Amelia. La criolla cerró los ojos como dominada por una corriente magnética; pero en realidad, para dejar en aquel momentáneo contacto que Teodoro absorbiese el peligroso fluido que se desprende sin cesar de toda mujer hermosa.

De repente Amelia separó la mano y tomó en el divan una postura más honesta, no sin aprovechar aquel brusco movimiento para enloquecer más á Teodoro y satisfacer su orgullo de cubana.

—Es Vd. un atrevido, dijo con voz áspera, y al mismo tiempo sus ojos fingían una languidez extraordinaria: si no tiene Vd. más prudencia, evitaré en adelante nuestras entrevistas.

Toda la dureza del lenguaje era suavizada por la dulzura y expresion de las miradas. Teodoro se contuvo; pero en vez de perderlas, aumentó sus esperanzas.

—Perdon, exclamó con voz humilde; la blancura de esa mano me disculpa; un santo, hubiera pecado.

—Ea, pues: no quiero que mis pobres manos sirvan de pretexto para esos arrebatos. Y Amelia las ocultó en los bolsillos de la bata. Ahora cuénteme Vd. el resultado de su entrevista.

—De lo más satisfactorio, respondió Teodoro con orgullo; el portero sabe que Herrera es ma-

drileño y no le perdona su impostura, por lo cual se guirá fugiéndole adhesión y recibiendo las cartas destinadas á Clotilde: el miedo de perder su plaza le pone á mi servicio y me entregará todas las cartas...

—¡Oh! dijo la vizcondesa con alegría, es un triunfo completo, y por un impulso irresistible sacó una mano del bolsillo. Teodoro quiso aprovechar aquel instante de benevolencia; pero la mano desapareció rápidamente entre los pliegues del vestido.

—No he concluido todavía: el portero es hombre de palabra y en mi poder tengo la carta que hoy debía ser entregada á Clotilde.

—¿De veras? dijo Amelia sonriendo; pero quedando luego pensativa.

Teodoro no se hizo cargo de aquella ligera nube y sacó la carta con verdadera vanidad.

—Aquí la tiene Vd.

Iba á tomarla Amelia; pero se detuvo con coquetería: el jóven comprendió que el favor que solicitaba estaba ya acordado.

—¿Dónde la coloco? Añadió Teodoro al ver que la condesa no alargaba el brazo.

—Será preciso que la lea Vd. primero...

—Es una cita.

—Lea Vd.: lea Vd.: que soy curiosa.

«Clotilde:

Nos espian y no podemos vernos: el papel es mal intérprete de sentimientos que requieren á la vez expansion y reserva: necesitamos hablarnos sin testigos.

disgustado: vizcondesa, Vd. busca un pretexto para no alargar la mano y tomar el documento.

Amelia sonrió con dulzura.

—No puedo hacer semejante desaire á quien tantas molestias ha sufrido por mi causa.

Y extendió la mano, abandonándola á las apasionadas caricias del jóven.

—¡Teodoro! dijo Amelia con severidad: abusa usted de mi situacion, y se retiró con fingido rubor al otro extremo del divan, en donde tomó la postura más hábilmente combinada para embriagar á los incautos.

Al mismo tiempo tuvo buen cuidado de guardar la carta de Luciano Herrera.

Teodoro, cada vez más trastornado ante aquella diestra mujer, que excitaba con violencia sus sentidos, exclamó con acento lastimero.

—Pues, bien, Amelia, confieso que no puedo contenerme; pero repare usted que mis arranques están bien motivados. Ejerce Vd. sobre mí una influencia irresistible: ello es que nos conocemos hace poco tiempo, y en este corto intervalo ha variado mi existencia: por Vd. únicamente prosigo mis relaciones con Adela, que me son enojosas: porque Vd. lo exige, espio constantemente á Herrera y á D. Braulio: á riesgo de una sorpresa introduje á Vd. en la habitacion del primero para escuchar la entrevista de Carlota: con la seguridad de producir un conflicto, revelé al segundo los amores de su esposa: juego mi vida sin vacilar un sólo instante, y créalo usted, Amelia, soy cobarde, soy el hombre más tímido del mundo. ¿Cómo se explica este milagro? Fácilmente: he dejado de existir por cuenta propia: estoy dominado, absorbido por Vd., y siendo así, ¿puedo vencer la atraccion que me lleva hácia Vd.?

Aunque Amelia fingia escuchar, estaba distraida.

—Teodoro, dijo por fin, separémonos.

El pobre jóven abrió los ojos asustado.

—La he ofendido, exclamó interiormente, ha sido una indiscrecion hacer alarde de mis méritos.

—Mañana nos veremos á esta misma hora, añadió Amelia, y le exigiré á Vd. el mayor, pero acaso el último sacrificio.

Teodoro respiró: la vizcondesa lanzó un suspiro, y de sus ojos negros se desprendió un fluido ardiente y voluptuoso.

—El hombre nada arriesga cuando ama, y la mujer lo arriesga todo, prosiguió la dama: nosotros no podemos entregar el corazon sin exigir pruebas evidentes de cariño.

—Y ¿duda Vd. todavía? dijo Teodoro con reconvenccion.

—Mañana saldré de esas dudas, respondió Amelia levantándose.

—¡Me ama! ¡Me ama! repetía Teodoro mientras bajaba la escalera.

(Se continuará.)



LISBOA EN 1870.—ESTÁTUA ECUESTRE DE DON JOSÉ I, EN LA PLAZA DEL COMERCIO *.

¿Cómo burlar la vigilancia de todos? La manera es sencilla: haciendo lo que nadie jamás sospecharia.

¿Me darás esta prueba de amor?

No te la exigiria, á no ser porque en ella está envuelta nuestra felicidad.

Pero... es necesaria.

Si no quieres nuestra desgracia, acude al Teatro Real mañana á las dos de la noche, cuando todos duerman, porque te espero en el palco principal núm. 3. Tu criada es fiel y puede acompañarte.

Te espero: ten valor y confianza.

De lo contrario, ¿cuándo podremos vernos si por todas partes nos espian? Y desde que nos espian te quiere cada vez más,

LUCIANO HERRERA..»

La vizcondesa reflexionaba.

—¿Y bien? dijo Teodoro interrumpiendo sus pensamientos.

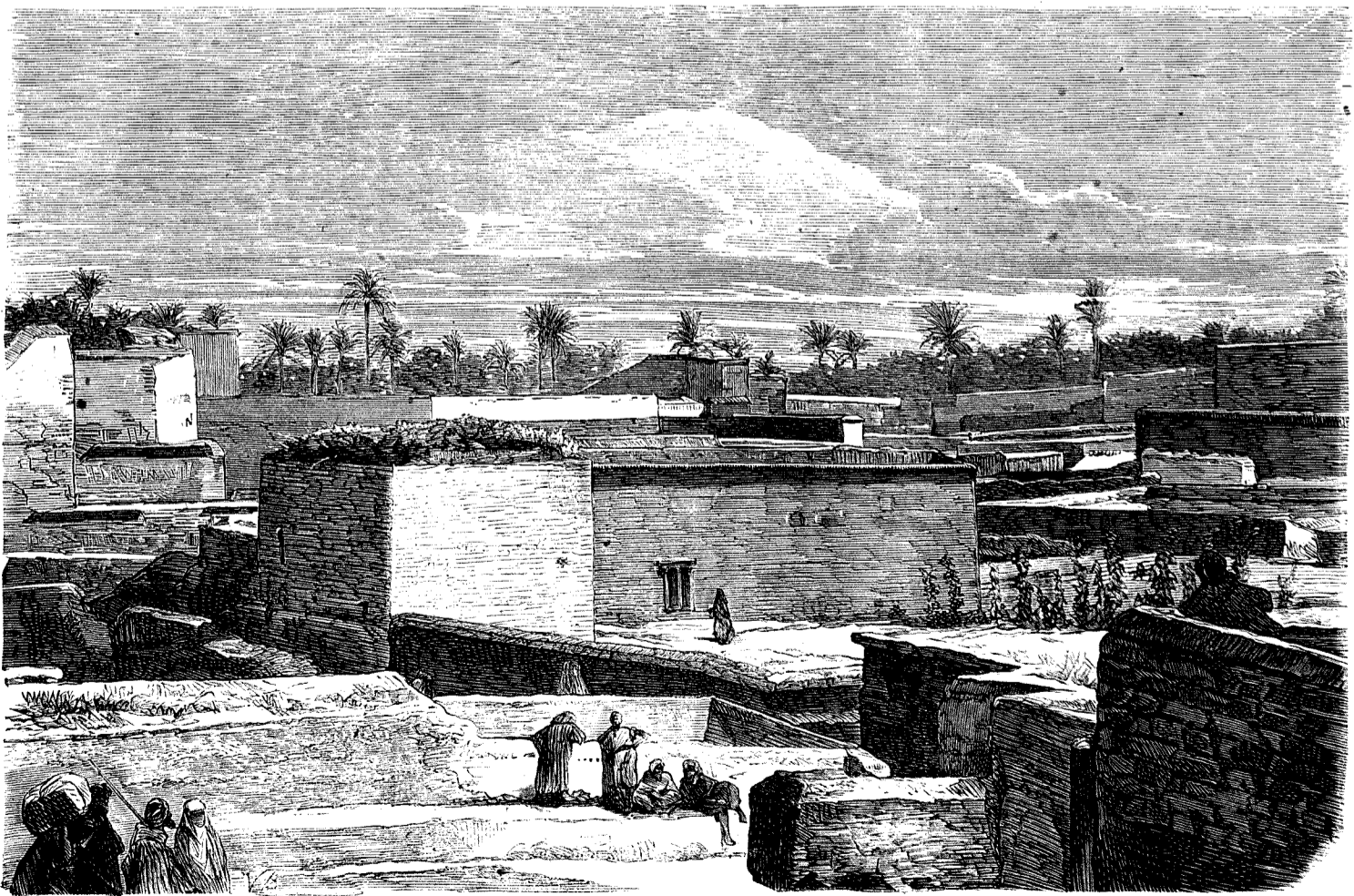
—Creo, respondió Amelia, que Luciano pretende una locura, y en interés de la pobre Clotilde debemos evitar que la carta llegue á sus manos.

—Es decir... que debo romperla... repuso Teodoro

* Véase en el número anterior el artículo II de la serie que hemos empezado á publicar bajo el epígrafe de Lisboa en 1870.



EL AGUADOR AMBULANTE.—TIPO MARROQUÍ.



UN ARRABAL DE LA CIUDAD DE MARRUECOS.

DON SEGISMUNDO MORET Y PRENDERGAST.

ACTUAL MINISTRO DE ULTRAMAR.

Dotado de palabra fácil y elocuente, de clara inteligencia y de altas prendas de carácter, desde el momento en que entró á figurar en la vida pública, haciendo sus primeras armas en el campo de la ciencia política antes de bajar al de la práctica, cuantos siguen con alguna atención el movimiento intelectual y político de la España moderna, comprendieron que el Sr. Moret estaba llamado á colocarse muy en primera línea entre sus hombres más notables.

La revolución de setiembre, llevándole al seno de las Cortes Constituyentes, proporcionó más ancho espacio al desarrollo de su personalidad como orador y hombre político, facilitándole ocasion propicia de elevarse á la altura suficiente para ocupar, más bien con aplauso que con asombro del país, un ministerio tan importante en las actuales circunstancias como el de Ultramar.

Ya al frente de este departamento ha tenido la rara fortuna, ó mejor dicho, ha tenido el gran talento de asociar su nombre al acto más trascendental, más importante, y de seguro más definitivo y permanente de la revolución de setiembre, la abolición de la esclavitud.

Para ocupar un lugar en la historia, no en la historia al pormenor de las palpitaciones políticas, crónica de menudencias y personalidades, llena de interés hoy, olvidada mañana, sino en la grande historia en que sólo se consignan los hechos que determinan nuevas fases del espíritu humano, ya bastaba al Sr. Moret haber escrito la última frase de redención en esa dolorosa página de la esclavitud en los tiempos modernos, que siempre leerán con interés y asombro las generaciones venideras.

No obstante, el Sr. Moret, como algunos otros pocos hombres nuevos, tiene además una gran importancia para el porvenir.

Colocado á la vanguardia de la nueva generación política, cuyos hombres, unos en puestos avanzados, otros con el arma al brazo, aguardan la realización de los grandes problemas que hoy se agitan en España, será una de sus importantes figuras cuando, desapareciendo la generación política que la antecede, suene la hora de que los elementos jóvenes den un paso adelante.

B.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

EL CORRAL DE LAS COMEDIAS.

(Continuación.)

Paróse viendo la curiosidad de los caballeros, y encarándose con ellos, les dijo:

—Perdónenme vuestras mercedes; pero si por ventura apetecen ver una gentil comedia, acudan al corral de la Pacheca*, en donde trabaja la compañía de Alonso de Olmedo, que mal año para las de Sebastian de Prado, Pinedo, Tomás Gonzalez y todas las de la villa, si hoy no tenemos la mejor y más famosa comedia que hace mucho tiempo han visto corrales, y si no vengan vuestras mercedes, que no les dolerá y verán cómo me pongo en lo cierto.

Y esto dicho, dió á correr hácia otra esquina, llevando detrás la cáfila de rapazuélos, que le vitoreaba con desaforados denuestos.

Celebraron el suceso nuestros caballeros, y en esto ya daban vista á la puerta del corral, que bien se conocía ser ella, por la muchedumbre que se daba prisa en entrar.

—Por mi cuenta aún no debe de ser tarde; pero parece que las gentes no quieren perder ripio, según la diligencia que llevan.

—No lo extrañéis, D. Luis; que gente habrá ya en el

* Así llamado por ser propiedad de Isabel Pacheco. Estaba en la calle del Príncipe y en la misma se hallaba también el corral de *Barquillos*, y en 1582 las cofradías de la Pasion y Soledad establecieron otro en el mismo sitio donde hoy existe el conocido con el nombre de *Teatro Español*, á semejanza del que ya habian abierto en la calle de la Cruz en 1579. Habia además en Madrid otros corrales, como el de *La Puente*, en la calle del Lobo, el de la Puerta del Sol y el de *Valdivieso*.

patio y *desvanes* que se habrá venido sin comer*, pues de éstas se ven muchas, y en especial las mujeres, que por lograr un buen sitio en la *cazuela*, no piensan en otro y creo que amanecerian en el corral porque no les quitasen el sitio. Mirad, tengo en especial una vecina, mujer de un zapatero, caudillo de la *mosquetería**, que el día en que acude al corral no come hasta despues que ha salido, y á las doce del día ya la teneis aposentada en la barandilla de la *cazuela*.

—Pero ved; allí entre la confusion parece que se ha movido una pelea y andan á porrazos; llegan algunos á poner paz.

Y en efecto, se aproximaron tratando de apaciguar á los contendientes, y el uno de ellos vieron que era uno de los farsantes encargado de cobrar á la puerta, y por él supieron que la pelea habia sido porque su contrincante habia querido entrar de momo, á causa de haber visto á otro que por su calidad tenia ese privilegio*, y que como ya fuesen muchos los que de él querian gozar, eso era muy en menoscabo de su hacienda, porque se les llenaba el corral de gente baldía.

Preguntaron entónces al aporreado portero por el precio y les dijo, que si pensaban quedarse en el *patio*, fuesen servidos de darle cuatro cuartos; pero que viendo su traza, se conocia que ocuparian *bancos de barandilla*, por cuyos asientos habian de pagar un real de plata.

Pagó D. Pedro por agasajar al huésped y enderezaron al corral, recorriendo un oscuro pasadizo, al que apenas daba pecaadora y macilenta luz un ventanillo estrecho, adornado con una mugrienta y entelarañada claraboya, llegando por fin al corral. Era éste una gran estancia desmantelada, pero ya con techado, cosa que pocos años ántes no se veía, estando expuestos los espectadores á todas las inclemencias del cielo.

Toparon primeramente con un sitio espacioso á manera de un *patio**, que este nombre tenia, donde con fuerte murmullo estaban apretándose un sin número de gentes del pueblo, que por oír la comedia sudaban la gota gorda, en pié, con los sombreros puestas y codeándose y estrujándose de lo lindo.

Nuestros caballeros pasaron al punto más inmediato al escenario, donde estaban las *barandillas*, sitio de mucha estima y que consistia en unos asientos de tabla rasa, con respaldo.

* Un escritor de esta época, fray Damian de Vegas, dice en unos versos que titula *Razon de Uorar*:

Para la farsa y comedia
Y otras cosas semejantes,
Van á tomar puesto ántes
Que comiencen hora y media.
Donde estarán otras seis
Sin juzgarlas enfadosas,
Siendo todas estas cosas
Tan vanas como sabeis.

Era tal el deseo que tenían las gentes de coger buen puesto, que las mujeres desde misa se iban á la *cazuela*, siendo de advertir que entónces empezaban las comedias á las dos de la tarde en invierno y á las tres en verano.

* Dábase el nombre de *mosqueteros* á los que en el *patio* decidian del buen ó mal suceso de las comedias, con las tempestades de aplausos ó silbidos que levantaban, por pasion muchas veces, pues solian estar divididos en bandos, aplaudiendo unos á un corral y otros á otro, originándose de aquí rivalidades, de que no siempre salian bien librados poetas y cómicos. Se les llamaba *mosqueteros*, á causa de que estaban en el *patio* de pié, asemejándose á los soldados que están del mismo modo en formaciones y guardias. Estas rivalidades duraron mucho tiempo, y á fines del siglo xviii estaban en todo su auge los partidos de *Chorizos*, *Polacos* y *Panduros*, defensores los primeros del coliseo del Príncipe, los segundos del de la Cruz y los terceros del de los *Caños del Peral*, que ocupaba, poco más ó ménos, el sitio donde hoy está el Teatro de la Opera.

* Habíalos también que entraban de balde por obra y gracia de los cobradores: á estos alude Rojas en la jornada primera de *Casarse por vengarse*, cuando en boca del gracioso Cuatrin dice:

Y así, por no dar enojos,
Me iré tomando la vuelta
Desta sala hasta la otra,
Donde reyes no me vean,
Dando este paso hácia aquí
Con gorradas más bien hechas,
Que dan los que entran de balde
A un cobrador de comedias.

* Varios eran los nombres de las localidades, como hoy se dice, algunos de los cuales han llegado á nuestros días. Conocianse el *patio*, que lo constituia la mitad posterior de la planta baja; los *bancos*, que era la mitad anterior y equivalia á lo que despues se llamó *luneta* y hoy *butaca*; las *barandillas*, que eran la primera fila de bancos y por consiguiente el punto más inmediato á la escena; los *apuestos* ó *palcos*; los *desvanes*, que lo eran verdaderamente y constituian el piso tercero; la *cazuela* para solo las mujeres, detrás de los *mosqueteros*, y en fin, la *grada*, *corredores*, *degolladero*, que estaba despues de la última fila de bancos, dividido de ellos por un tablon y en donde ya se oia de pié, y *atoyeros*, que eran dos apuestos casi á nivel del *patio*, debajo de la *cazuela*.

Una vez en su puesto púsose D. Luis, como forastero, á examinar aquello.

—Decidme, amigo D. Pedro, ¿de este modo hierve de gente el corral todos los días?

—Puedo deciros que sí, porque es tal la aficion que el vulgo ha tomado á esto de las comedias, que por verlas se quitaria el pan de la boca.

—A lo que veo, no es sólo el vulgo el que acude.

—Nada de eso, y ya veis detrás de la celosía de los apuestos cómo se divisan las mascarillas de las damas de calidad que vienen con el rostro cubierto, aquí donde también la sátira se disfraza con el antifaz de Talía. Traéno para no darse á conocer del maldiciente vulgo. ¿Veis? los *apuestos* se llenan también de caballeros, que desde ellos contemplan á la multitud que se agolpa en el *patio*.

—Mucho ruido llevan los *mosqueteros*, y si la comedia no es de su agrado, vaticino tormenta, según lo rumorosa que ya por allí suena.

—Alborotada es esa gente, y los poetas la temen por extremo y tratan de halagarla pidiéndole su aprobacion al final de las comedias, y ni la grada; ni los bancos, ni los apuestos, son tan respetados por farsantes y poetas.

—Maravilla será que gente lega en eso de libros juzgue sin pasion, y en más de dos veces se verá por tierra el trabajo de un poeta, por sólo el capricho de esa turba desarreglada.

—Y aun por eso tienen buena cuenta los poetas y cómicos principiantes, ó los que anhelan conseguir un favorable suceso, con sobornar á los capitanes de esa extraña milicia, porque en ellos estriba, y en dando la señal los jefes, así echan por tierra el corral con sus vitores como derriengan á los representantes con sus *ofrendas de pepinos**.

—Por cierto que es vida azarosa la de esas gentes, así expuestas al mudable capricho popular, tan vario como difícil de componer. Su afan es contentar á todo el mundo, al pueblo que paga la comedia, á los poetas que la escriben...

—En cuanto á los comediantes, no creáis que ellos á su turno se descuidan en hacer trasudar á los tristes hijos de Apolo. Sobre pagarles escaso caudal por sus comedias, que gracias si les dan ochocientos reales*, cuando no se las usurpan y mutilan á su sabor, necesitan á veces los pobres poetas echar requisitorias á los autores de compañías* para que las oigan leer y las acepten.

A mí se me entiende algo de ello por ser amigo de cierto bachiller, gran poeta de jácaras y villancicos, que días atrás escribió una comedia con el título de *La más valiente amazona*, y se vió negro para que se la oyese Roque Figueroa, que, como tan grande amigo de Lope, sólo atiende á las obras del Fénix de los ingnicios, y él y todos los de su compañía dieron grande baya á mi bachiller, porque la comedia no fué de su agrado.

—Y entre ellos, señor D. Luis, ¿creerá vuestra merced que es cuento el refran de que lobos de una camada no se muerden? Pues nunca lo es ménos que entre estas gentes; no digo ya con las otras compañías que con ellas tiran á matar, y autor habrá que pagaria un pito en veinte ducados por oír silbar en corral ajeno, dígolo por los de un mismo corral, cuando llega la ocasion de repartir papeles ó de encarecer su destreza en el arte.

* También los poetas solian á veces usar bromas con los *mosqueteros*: así por ejemplo, Moreto en *El defensor de su agravio* saca al gracioso *Comino* disfrazado de soldado borgoñon haciendo el borracho, é imaginándose que está encargado de despejar á la multitud, dice:

Voy á despejar allá,
Pues la ocasion ha llegado.
De los *mosqueteros* hoy
Me he de vengar en el *patio*.
¡For de aquí! ¡Tened di allá!
¡Miri qui descargui il palo!
¡Pléguele san...! Algun día
Había de vengar mi *agravio*.

Este último verso alude al título de la comedia y á los agravios que diariamente recibian los cómicos de la implacable *mosquetería*.

* Calderon en *Nadie fa su secreto* (Jor. II, Esc. I) dice:

D. ARIAS. Aquí la doncella vive.
LÁZARO. Ni la oigas, ni la veas,
Señor, hasta que se haga,
Que son como las comedias.
Sin saber si es buena ó mala
Ochocientos reales cuestan
La primera vez, mas luégo
Dan por un real ochocientas.

* Autor de compañías: llamábase de este modo á lo que hoy empresario y director, que solia ser uno de los mismos cómicos, teniendo á su cargo la direccion y administracion de la compañía.

Ocasión tuve yo de ver esto, un año habrá, en que una compañía de representantes tenía su albergue cerca de mi posada.

Salía un balcon de mi aposento á un gran corral, en el que al sol acostumbraban, á aprenderse los papeles, paseando y vociferando, que parecían una jaula de locos. Allí el autor se los pasaba, sacándolos de unas alforjas descomunales, atestadas de las comedias más favorecidas.

Un día en que ellas y ellos se entretenían en varios domésticos quehaceres, cuál tomando puntos á unas calzas de pelo, cuál planchando á puro tirones una gran valona que había de sacar á la tarde, y cuál dama tan aliviada de basquiña que dejaba en descubierto más de lo que para el recato sé consiente, falsificando una camisa de cotónía encajándole puños y cabezones de caniquí labrado, llegóse el autor diciéndoles que iba á repartirles una *comedia de ruido*, que habían de estrenar de allí á pocos días.

Leyóla el apuntador, sentado en medio del cónclave sobre las alforjas y llegó el caso de repartirla; pero aquí fué ella.

Había en la comedia una princesa, que comenzaba la jornada con una larga relación que decía:

¡Oh, monstruo Flegetonte,
Que en la rodante esfera,
O zafirino monte,
En piras de arboles abrasados,
Te pones, á la par de mis cuidados;
Mi desventura abarca,
Yo que, por suerte mía,
Fui princesa y doncella en Dinamarca,
Ya ni princesa soy ¡fiera porfía!

La autora, que era mujer muy capaz para representar una princesa, sobre todo con tales desventuras, diputó luego para sí el papel, no contando con que lo mismo apetecía otra dama, cuyo marido le había comprado en una prendería un vestido de chamelote de aguas, más traído que manteo de sopista; pero que de lejos podía servir muy bien para una princesa de Dinamarca, sobre todo cuando sus desventuras la habían llevado á tan malos pasos.

Comenzaron las pullas, menudearon los dicitos, descargando por fin tan recia granizada de coces, puñadas y mordiscos, que acudiendo unos por parte de la autora, otros por la del chamelote, y otros á despartir, se armó grande ruido y confusión, á tiempo que una de las dos aspirantes á princesas estaba ya sojuzgada de tal modo por la otra, que tirios y troyanos pudieron ver en grave riesgo y á la luz del sol las asentaderas de la autora, quien casi perdió con una guedeja el trono de Dinamarca.

Entretando el apuntador, que era un vejete cojo, había rodado por el suelo, y viéndose molido á coces y estacazos, gritaba: ¡favor! ¡socorro, que me matan! Y en esto llegaron algunos vecinos, con que pusieron paz.

—No extraño lo que decis, D. Pedro, que de gente de esa ralea no otro puede esperarse, y diariamente se repetirán esas pendencias.

A esto llegaban de su razonamiento, cuando en el patio y entre la mosquetería empezóse á levantar sorda marea, que poco á poco fué creciendo hasta desechar tempestad.

Gritos, denuestos, silbidos, recio patear, bancos y barandillas, todo parecía presagiar la ruina del teatro, siendo causa de aquel desaforado ruido el que la comedia tardaba á empezar.

Los cómicos sacaban la cabeza por los lienzos para inquirir el motivo y ver de paso si había entrado bastante gente, pues hasta que eso se verificaba no daban principio *, siendo esto causa de que se agotase la paciencia de los que con más diligencia habían acudido.

Miraban también un sitio de los aposentos que permanecía vacío, conociéndose por las señales de impaciencia que esperaban en él alguno por quien se dilataba el principio, y así era, que en el tal aposento habían de ver la función varios magnates encopetados de la corte, á los que los cómicos guardaban tal reverencia *.

A cada vez que alguno asomaba la cabeza por los lienzos crecía el tumulto, hasta que por fin un cómico salió del todo fuera al tablador.

Por su traje, luego hallaron nuestros hidalgos en él á su conocido el de los carteles, que aún conservaba el extraño atavío, que sin duda había de servirle para representar.

Viéndole y conociendo que iba á hablar, sosegóse la muchedumbre, y entonces, con gentil donaire, dijo el demonio:

—¡Por amor de Dios! Ruego á vuestras mercedes sean servidos de esperar unos minutos, que en breve empezará la función.

(Se concluirá).

JULIO MONREAL.

UN GRANDE HOMBRE DESCONOCIDO.

¿Habeis oído citar entre los nombres de los filósofos modernos el de Toribio Lopez?

¿Recordais haber leído la necrología de algun hombre célebre llamado Toribio Lopez?

¿Habeis visto algun monumento erigido á la memoria de Toribio Lopez?

Positivamente no. Y sin embargo, Toribio Lopez fué un gran filósofo. Vosotros lo ignorabais y hasta él mismo se murió sin saberlo.

¡Pobre Toribio! Aún me parece verle en una de esas noches oscuras como una redondilla de Camprodon, frias como un monólogo dicho por el actor Pastrana, interminables como las novelas de Enrique Perez Escrich; aún me parece verle envuelto en su gaban de paño pardo, con su gorra de lule, y en la mano el chuzo, símbolo de nocturna autoridad, registrando el suelo á la luz del farol, no en busca como Diógenes de un hombre, sino de una cartera perdida ó de una cucharilla de plata arrojada entre la basura por alguna imprudente Maritornes.

En esos momentos la figura de Toribio recordaba á Bonaparte. Verdad es que entre ambos existían muchos puntos de contacto. Toribio era pequeño como Napoleón, rechoncho como Napoleón y sereno como Napoleón; digo mal, Toribio era mucho más sereno.

Tenia además otra semejanza con el guerrero del siglo: la de ser horriblemente supersticioso.

—Aborrezco el núm. 3—me decía una noche:—todas mis desventuras me han sucedido en esa fecha. El 3 de marzo nací; el 3 de junio me dió una coza la mula de mi tío, de cuyas resultas estuve á la muerte; el 3 de agosto me casé. No lo dude Vd., el 3 es un número fatal. Tres son los enemigos del alma, y hasta la palabra *mal* se compone de tres letras, mientras para formar la del *bien*, que es su antítesis, se han necesitado cuatro.

¿Cuál cree Vd. que fué la causa del pecado de nuestros primeros padres? Los *dos* vivían felices en medio del Paraíso, sin acordarse para nada de las manzanas. Aparece la serpiente, es decir el número *tres*, dá el recadito á mamá Eva, y abur felicidad, abur obediencia al divino precepto. ¿Usted se figura que el talento de aquel animal consumió la seducción? De ningún modo. Si en lugar de una serpiente hubieran sido quince las encargadas de aquella misión diplomática, probablemente á estas horas usted y yo nos paseáramos por las alamedas del Paraíso: pero la serpiente era *una*, los inquilinos del Eden *dos*; sumados ambos guarismos componen la cifra nefanda, y hé aquí matemáticamente probado que la perdición del género humano se debe sólo á la perniciosa influencia del núm. 3. ¡Ay, señorito—concluía diciendo Toribio—mientras haya treses, yo no seré feliz!

Escuso advertir que he consignado el fondo de las ideas y no la forma del lenguaje de Toribio.

Esta superstición era un presentimiento. *Tres* días despues del en que tuvo lugar la conversacion anterior, el *tres* de enero de 1863, á las *tres* de la madrugada, día y hora en que el termómetro marcaba *tres* bajo 0, el inspector de ronda del *tercer* distrito encontró á Toribio acurrucado en el quicio de la puerta del número *tres* de la calle de las *Tres* Cruces.

Que un sereno se duerma, nada tiene de extraño; pero que no despierte al aproximarse el inspector, eso es inverosímil. Veintisiete años llevaba Toribio cantando la hora todas las noches á los pacíficos vecinos de su barrio, y hasta entonces nadie le había sorprendido *infraganti* entregado á las dulzuras de Morfeo. El inspector, pues, fué indulgente con esta primera debilidad de su subordinado y se contentó con darle, á guisa de primera amonestacion, un puntapié casi cariñoso.

Toribio no se movió.

Segundo puntapié más persuasivo por parte de aquella celosa autoridad, é inmovilidad absoluta por parte del recipiente.

Tercera y última amonestacion, y... nada. Toribio estaba helado como un besugo.

Aquella tarde hizo su postrer viaje de recreo en hom-

bros de cuatro séres descoloridos, al parecer criaturas humanas. Seis ó siete personas formaban la comitiva de aquel fúnebre conyoy. Al llegar al cementerio general, el viajero se apeó en la última estacion, que era la fosa comun; unas cuantas hazadas de tierra cayeron sobre él, y sus amigos se retiraron llorando. Hasta entonces siempre, ántes de separarse, había corrido el vino en abundancia: esta fué la primera vez que se despidieron vertiendo agua.

Al día siguiente los periódicos se publicaron en Madrid sin orla de luto, y ningun diputado pidió en el Congreso que se erigiera un monumento á la memoria de Toribio Lopez.

Ahora bien, despues de todos estos detalles, vuelvo á preguntaros: ¿habeis conocido á Toribio Lopez?

Ya me parece oiros exclamar á coro: "Yo conocí un Lopez."—"Yo conocí otro Lopez."

—Señores míos, esos son otros Lopez.

El de que yo os hablo, el que definitivamente ha fijado su residencia en las afueras de la puerta de Fuencarral, Toribio, en una palabra, no es un Lopez cualquier, uno de esos Lopez comunes, vulgares, copleros, como diría Estrada. No desempeñó ciertamente puestos elevados; no fué ni siquiera gobernador. La revolucion del 54 le encontró sereno, llegaron los acontecimientos del 56, y él siempre sereno; jamás dió importancia alguna á los cambios políticos, sólo le preocupaban los cambios atmosféricos.

¿Pero qué importa su profesion humilde (nunca oscura), si él supo ennoblecerla y elevarla á la categoría del magisterio? Porque Toribio hubiera podido establecer cátedra de una asignatura que no se enseña en ninguna Universidad: la *filosofía práctica de la vida*.

Para él la noche no tenía misterios. Distinguía perfectamente el ruido que hace la reja al girar sobre sus goznes dando paso á un afortunado galan, del que produce el suave cuchicheo de dos enamorados que, á la luz de la luna y sin más testigos que Dios, se juran amor eterno. El sabia la hora á que peligran las virtudes. El hubiera podido explicar la tenebrosa trama de esos dramas de familia que se desenvuelven en el seno del hogar, y cuyo desenlace suelè ser la ignominia ó la muerte.

¡Pobre Toribio! Cuando corrias al oír la imperiosa voz del ministro de Hacienda, que te llamaba para que le abrieses la puerta de su casa, al retirarse del Casino, á las altas horas de la noche, ¿cómo había de figurarse aquel orgulloso hombre político, que yo, guarecido en la sombra, os contemplaba desde la esquina inmediata, á él, erguido ministro, con lástima; á tí, humilde sereno, con admiracion!

Séame, pues, lícito dejar aquí consignado este débil tributo de gratitud á aquel á quien debo cuanto sé de la vida. Los padres escolapios me enseñaron el latin, que he olvidado; en la Universidad de Madrid cursé el derecho, del que no pienso hacer uso en mi vida; lo que aprendí en mis frecuentes conferencias con Toribio, ni lo olvidaré nunca ni pasa un sólo día sin que tenga ocasion de aplicarlo.

Una sola máxima suya bastaría para immortalizarle. Voy á reproducirla para terminar, y autorizo á todos los compiladores de sentencias filosóficas, por si quieren incluirla en sus colecciones.

Hé aquí la máxima:

No os caseis nunca, sin haber hablado ántes con el sereno de la calle dondè viva vuestra novia.

SALVADOR MARÍA GRANÉS.

LA CIUDAD DE GERONA

OFRECIENDO EL LAUREL DE LA INMORTALIDAD

á LOS

MÁRTIRES DE LA INDEPENDENCIA.

Estátua del Sr. D. Juan Figueras para el sepulcro de D. Mariano Alvarez de Castro.

Al reproducir en las columnas de nuestro periódico las estatuas y monumentos dedicados á la memoria de los españoles ilustres en la época presente, nos hemos dolido del contraste que resulta entre la importancia que en otros países se concede á este género de obras, y la marcada indiferencia con que aquí se miran. Ya propósito de éste mismo asunto hicimos notar el extraño fenómeno de que mientras en ciertas provincias la iniciativa local realiza algunas de estas generosas ideas, en

* Así lo dice Zavaleta en su *Día de fiesta por la tarde en Madrid y sucesos que en él pasan*, en el capítulo *De la comedia*.

* Había, en efecto, gentes con las que tenían los cómicos esa deferencia, según dice el ya citado Zavaleta en la obra enunciada.

Madrid, centro de riqueza, de inteligencia y actividad, ni se acometen empresas semejantes, ni siquiera se ayuda á los que tratan de llevarlas á cabo sin más recursos que los escasos que ofrece una población secundaria.

En el extranjero hemos visto más de una vez levantar estatuas y dedicar memorias monumentales á personajes relativamente modestos y oscuros por corporaciones ó ciudades aisladas, que han recibido directamente el beneficio ó la gloria de las acciones, ó el nombre de aquel á quien pagaban agradecidos un tributo de admiración; pero siempre que se ha tratado de héroes ó de glorias nacionales, que ya no pertenecen á esta ó aquella localidad, el país en masa, el Estado, en representación del país, ha tendido siempre una mano protectora á los iniciadores de la idea, cuando él mismo no ha tenido la fortuna de iniciarla.

Nadie que conozca, siquiera sea ligeramente, los detalles de la asombrosa epopeya de la guerra de la Independencia española, realizada á principios del siglo, ha dejado de pagar un alto homenaje de admiración á los inmortales defensores de Gerona, entre los cuales descuella, magnífica como la de un héroe homérico á quien la compara el mejor de sus historiadores, la figura de D. Mariano Alvarez.

Tan evidente fué el extraordinario sacrificio que realizó en aras de la patria, peleando achacoso y enfermo hasta que se vió envuelto en las ruinas de la plaza encomendada á su custodia y muriendo al fin víctima de una miserable venganza en el oscuro calabozo del castillo de Figueras, que primero por una ley hecha en Córtes y más tarde por un decreto del rey D. Fernando VII, por dos veces se acordó erigir un monumento que recordara á las generaciones venideras el heroísmo de este mártir.

Pero es achaque de todas las cosas de España helarse la idea antes de llegar á la ejecución. Bastantes años después de acordarse por las Córtes y el monarca la creación del monumento, el general Castaños, de su bolsillo particular, tuvo que costear la lápida que, incrustada en los muros de su calabozo, recuerda el nombre de Alvarez. Hasta una época muy posterior, la iniciativa local, reuniendo algunos medios, no ha podido emprender los trabajos preliminares para satisfacer una deuda de honra contraída por el país entero hácia los que se sacrificaron por su independencia.

Aprobado el proyecto del sepulcro que ha de contener los restos de Alvarez, la comision, dando en esto señalada prueba de inteligencia, encomendó la estatua monumental al distinguido escultor, hijo de Gerona, D. Juan Figueras, ya ventajosamente conocido por las muestras de talento que ha dado en diferentes obras, y del cual hemos tenido ocasion de ocuparnos en las columnas de LA ILUSTRACION, á propósito de la magnífica escalera hecha en la casa de los duques de Sesto.

El Sr. Figueras ha realizado el pensamiento de la comision, dándole una forma sencilla y grave. La ciudad de Gerona, que sirve de remate al monumento sepulcral, deposita una corona de laurel sobre la urna del héroe, coronando, al coronar con el emblema de la inmortalidad al que es su personificación, á todos los mártires de aquellas gloriosas jornadas. Como expresion de una idea, es de alabar la sencillez y nobleza de la estatua. Como ejecución, baste decir que es digna ó acaso superior á cuanto ha producido el inteligente cincel del señor Figueras.

Al reproducir en nuestras columnas esta notable obra del arte moderno español, felicitamos sinceramente á los hijos de la noble Gerona, que han podido encontrar en un paisano digno intérprete de sus sentimientos de patriotismo, reuniendo en un sólo monumento dos títulos de gloria para la ciudad: el del héroe á quien se consagra y el del artista que lo ha ejecutado. Grandes han sido las dificultades materiales con que ha tenido que luchar, y no son por cierto pequeñas las que ha de vencer todavía ántes de realizar su propósito, en el que le aconsejamos no desmaye. El general Alvarez, que nació en Granada, que es una gloria militar, que legó su nombre y su título nobiliario á ilustrados descendientes, que es, en fin, un héroe nacional del que todos podemos enorgullecernos, tendrá al fin sepulcro digno de su memoria, pues continuando abierta la suscripción para acabarlo en su ciudad natal, entre los jefes del ejército, entre sus descendientes, en España entera, se encontrarán sobradamente recursos.

INAUGURACION

DE LOS TRABAJOS DEL CANAL DE CINCO VILLAS, EN ARAGON.

Invitada la prensa madrileña á asistir á la inauguración de los trabajos de esta importantísima obra, en las columnas de los periódicos diarios han podido ya encontrar nuestros habituales lectores relacion circunstanciada de la ceremonia, de las personas notables que concurrieron á ella y de los elocuentes discursos que se pronunciaron.

Publicaciones que se dedican exclusivamente á tratar del desarrollo de los intereses materiales, han elogiado con justicia el pensamiento de esta empresa, que triplicará los productos de una hermosa comarca; otros escritores se han extendido en consideraciones sociales y políticas acerca de las ideas vertidas en los diferentes é importantes discursos pronunciados por algunos de los asistentes. LA ILUSTRACION DE MADRID, que también mereció á la empresa constructora la distincion de ser invitada, cree completar el cuadro que ya han trazado sus colegas, reproduciendo la parte pintoresca del acto, que por el lugar en que se verificó y la originalidad y carácter de los tipos del país, ofrecia sin duda ancho campo al estudio y la observacion del artista.

Uno de nuestros grabados presenta la vista general del sitio en que se celebró la ceremonia, situado al pié de unas colinas y en la hermosa llanura próxima á Tauste. En el otro hemos tratado de dar idea del contraste que ofrecian, al llegar reunidos al punto de la cita, los invitados de la ciudad y los robustos campesinos con sus trages pintorescos y sus actitudes resueltas y gallardas.

Antes de dejar la pluma, daremos nuestros más sinceros parabienes á la empresa, que al mismo tiempo que realiza un importante negocio, hace un bien imponderable á una de las más hermosas provincias de España. Y muy particularmente ofrecemos pública muestra de nuestra admiración al Sr. D. Antonio Lesarry, doctor en Ciencias y catedrático de la Universidad de Zaragoza, á quien se deben la idea y los primitivos estudios, y que con una fé y constancia admirables ha luchado durante veinte años contra todo género de dificultades, hasta verlo en vías de ejecución.

EL BRIGADIER CHINCHILLA.

El jóven y bizarro brigadier D. José María Chinchilla, cuyo retrato ofrecemos hoy á nuestros lectores, y que tan justas y merecidas simpatías ha despertado recientemente, así en la isla de Cuba como en la Península, por su heroico comportamiento durante la lucha que en aquel país sostienen nuestras armas, empezó á servir el año 1855, siendo ayudante de campo del duque de la Torre, á cuyo lado estuvo durante las jornadas de julio del 56, por lo que obtuvo la cruz de San Fernando.

A los pocos meses fué ascendido á teniente por antigüedad.

El año 59 marchó con el general Serrano á Cuba, de capitán, fué á Santo Domingo durante la anexion, y á Méjico con el general Prim. Entónces se le concedió el grado de comandante. Vuelto á la Península en el momento que se declaró la guerra á Santo Domingo, pidió voluntariamente ser á ella destinado, siendo el general Lersundi ministro de la Guerra. Este quiso hacerlo comandante; pero Chinchilla no aceptó el ascenso para quedar en libertad de volver á la Península al terminar la campaña. Asistió á varias acciones de guerra, entre ellas la de Monte-Cristi y Puerto Plata. Habiéndose designado el empleo de comandante para el capitán que más se hubiese distinguido, y señalado Chinchilla por sus compañeros como acreedor en primer término á esta recompensa, lo renunció en favor del más antiguo de su clase. Al final de la campaña fué ascendido á comandante.

En 1866 y siendo otra vez ayudante del general Serrano, asistió con éste al ataque del cuartel de San Gil, donde entró al mismo tiempo que el coronel Salcedo. Su comportamiento allí fué brillante. Después se le dió el mando de una columna, con la que contribuyó á dominar la insurreccion.

En la calle del Pez le hirieron el caballo que montaba. Tomó otro para ir á los barrios bajos, que cayó acibillado á balazos en la calle de Cañizares. Por estos hechos fué ascendido á teniente coronel.

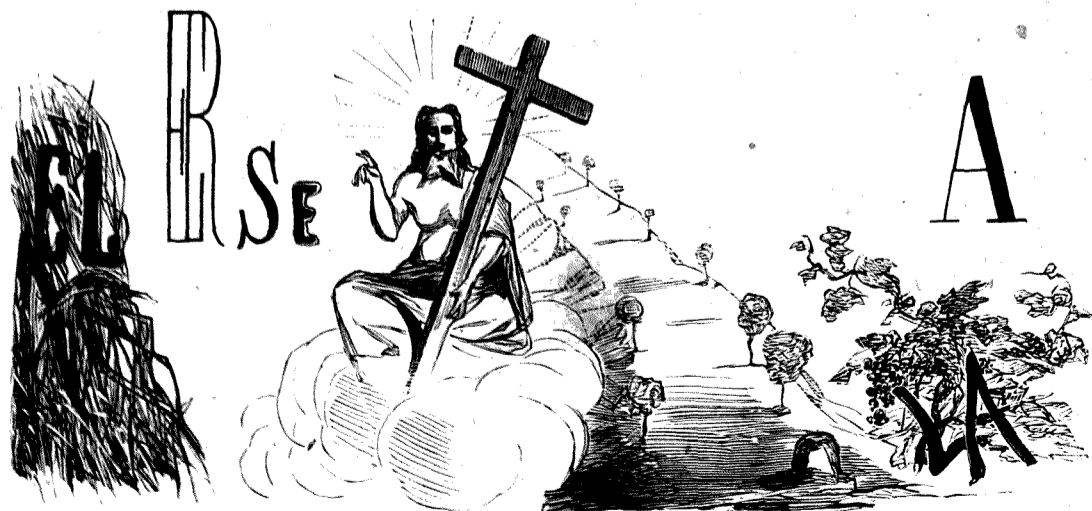
En la revolucion del 68 se puso al frente de la guarnicion de Santofia en el momento que tuvo noticias de la llegada á Cádiz de los generales desterrados en Canarias, embarcándose con ella para Santander, donde rechazó las tropas que al mando del general Calonge atacaron aquella ciudad. La junta de Santander lo promovió al empleo de brigadier; pero Chinchilla no aspiraba más que á mandar el regimiento de Isabel II, después de San Quintín; lo hizo así saber á los generales Serrano y Prim, y sólo se le concedió el empleo de coronel y el mando del regimiento.

Como á Santo Domingo, también pidió voluntariamente ir con su regimiento á Cuba, donde ha asistido durante catorce meses á numerosas acciones de guerra.

En la última en que tomó parte, después de distinguirse notablemente, tuvo la desgracia de ser herido de un balazo, que le entró por el costado derecho y le salió por el izquierdo. Sólo su privilegiada naturaleza pudiera haber resistido una herida calificada de mortal en los primeros momentos. Las más recientes noticias de la Habana, donde habia llegado á restablecerse, son satisfactorias. A su llegada á aquel punto habia sido objeto de una entusiasta acogida, visitándole é interesándose en su salud la parte más distinguida de la población.

El Gobierno, en premio de sus servicios de guerra, le ha ascendido á brigadier, comunicándolo así por el cable.

JEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

Solucion del jerooglífico publicado en el número anterior:

PARIENTE QUE NO LUCE Y CUCHILLO QUE NO CORTA, QUE SE PIERDA POCO IMPORTA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL.	
Tres meses.	22 rs.	EN MADRID.	
Medio año.	42 »	Tres meses las dos publicaciones.	28 rs.
Un año.	80 »	Medio año.	52 »
EN PROVINCIAS.		Un año.	100 »
Tres meses.	30 »	EN PROVINCIAS.	
Seis meses.	56 »	Tres meses.	52 »
Un año.	100 »	Medio año.	90 »
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.		Un año.	170 »
Medio año.	85 »	EN PROVINCIAS.	
Un año.	160 »	Tres meses.	52 »
AMÉRICA Y ASIA.		Medio año.	90 »
Un año.	240 »	Un año.	170 »
Cada número suelto en Madrid.	4 »	CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
		Medio año.	200 »
		Un año.	360 »